

# Historias de Nueva York

Enric González



RBA

Lectulandia

Ciertos conocimientos son perfectamente innecesarios.

Se puede vivir muy feliz sin saber con qué truculencia surgió la cúpula del rascacielos Chrysler, por qué los Yankees son el equipo supremo en Nueva Cork, cuál es la relación entre Arabia Saudí y la cerveza de Brooklyn, por qué la grasa de los filetes es más amarillenta que en Europa, en qué bar bebió Dylan Thomas su último whisky o dónde sirven las mejores hamburguesas de Manhattan. Historias de Nueva York, habla de esas cosas.

También habla de una ciudad rugiente y fabulosa, de una jornada negra de septiembre, de un grupo de personas y de tres amigos inolvidables.

**Lectulandia**

Enric González

# Historias de Nueva York

ePUB v1.0

Chachín 01.09.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Historias de Nueva York*

© Enric González, 2006

Editor original: Chachin (v1.0)

ePub base v2.0

Dicen que cuando en Nueva York son las tres de la tarde, en Europa son las nueve de diez años antes. Es posible. La voracidad del tiempo ha seguido desplazándose hacia occidente y ha cerrado el círculo en oriente: el futuro de hoy ruge en Shanghai. No sé si Nueva York sigue una década por delante. El cine de nuestra memoria nos la hace tan conocida que forma parte del pasado. Da igual, yo llegué con retraso y mis ideas sobre el progreso son confusas. Si hubiera podido elegir, habría visto por primera vez los muelles del Hudson hacia 1960, desde la cubierta de un trasatlántico, y habría desembarcado en una ciudad en la que no había almuerzo sin tres martinis ni taxistas sin corbata, se fumaba sin filtro y Times Square era Babilonia, no una encrucijada ruidosa envuelta en anuncios luminosos. Aquella de 1960 era una ciudad joven y cínica, arrogante, intacta.

Como segunda opción, me quedaría con el largo verano de los años veinte, corrupto y turbulento, con un viaje en mercante y con una llegada nocturna a los muelles industriales del East River. Desde el puente de Brooklyn, con el sol naciente a la espalda, habría visto el amanecer reflejado en un perfil urbano que no era el más célebre del mundo ni abundaba como hoy en torres de cristal. La fachada oriental de Manhattan, con las llanuras de Greenwich, las cumbres de cemento y mármol de Midtown y las colinas de Battery, todavía en construcción.

Otra posibilidad consiste en llegar hoy mismo. Los Yankees habrán ganado y los Mets habrán perdido en circunstancias escandalosas; la gente pasará junto a un solar en construcción donde hubo dos torres muy altas y mirará, como de costumbre, los escaparates de Century 21; en el Holland Tunnel seguirá marcada la frontera con New Jersey y Estados Unidos, ese país inmenso, absorto en sus centros comerciales, sus biblias, sus revólveres y sus fantasmagóricos enemigos exteriores; y en Washington Square alguien se sentará ante el tablero que ocupó Bobby Fischer y moverá, como él, el peón del alfil de la reina negra para construir una defensa siciliana. En Nueva York, que no sabe de nuestra memoria sentimental ni de nuestro calendario, siempre es hoy y todos los momentos valen.

«El presente es tan poderoso en Nueva York, que el pasado se ha perdido.» Lo dijo John Jay Chapman, un ensayista neoyorquino que en 1900 pronunció el discurso de graduación en el Hobart College con la siguiente recomendación: «Haced una

hoguera con vuestras reputaciones. Dejaos odiar, dejaos ridiculizar, podéis temer y podéis dudar, pero no dejéis que os amordacen. Haced lo que queráis, pero opinad siempre». Ignoro qué hicieron aquellos jóvenes en la vida. Si hicieron caso a Chapman y se negaron a callar, fueron típicos ciudadanos de Nueva York.

Disiento, sin embargo, de la afirmación de que «el pasado se ha perdido». No. El pasado se olvida sin perderse.

El pasado de Nueva York está prendido de Holanda, la potencia fundadora, y es distinto a los demás pasados americanos. Nueva York no fue puritana como el resto de las colonias; Nueva York nació del comercio, no de la agricultura, y creyó más en los piratas que en los predicadores; Nueva York apenas se rozó con la esclavitud (otra cosa es el dinero de los esclavistas), tuvo poca fe en la independencia y en la Unión y nunca brilló por su respeto a la autoridad. Nueva York, nacida Nueva Amsterdam, fue y es refugio de librepensadores, charlatanes, inadaptados y gente rara. Sus primeros 400 habitantes de origen europeo hablaban 18 idiomas distintos, aunque casi todos procedieran de Amsterdam.

Por si quedaran dudas, la bandera de la ciudad de Nueva York luce los colores azul, blanco y naranja, los de la bandera holandesa en el siglo XVII. En el escudo hay aspas de molino, un marinero, un indio, un par de castores y unos barriles de harina.

El presente neoyorquino es tan poderoso que absorbe pasado y futuro. Y, sin embargo, el pasado permanece. Nueva York fue la primera ciudad del mundo en que el trabajador dejó de hablar de dueño o amo (*master* en inglés), y a partir del término holandés *baas*, que significaba exactamente «amo», inventó *boss*, que significa tan sólo «jefe». Los neoyorquinos son así, faltones e irrespetuosos ante el mundo en general. A veces mosquean. Insultan por cualquier cosa. Pueden parecer hostiles, pero no: solamente lenguaraces y faltones.

Me parece apropiado hacer una advertencia, tal vez decepcionante, al lector europeo. Los ciudadanos de Nueva York gastan fama de cínicos, descreídos y materialistas porque así les ven los demás americanos; la verdad es que casi cualquier español es más cínico y descreído que el jefe supremo de los chulos del Bronx. En materia de nihilismo, los europeos carecemos de rival. Las causas no vienen al caso, sean históricas, religiosas o dietéticas, a saber. En fin, era sólo un aviso, para evitar confusiones.

Sigamos. Cualquier vida neoyorquina, desde la más solitaria y retraída hasta la más mundana y ajetreada, posee, me parece, una rara intensidad. Quizá no se trata de intensidad, sino de alboroto superficial, pero entretiene lo mismo. El monólogo interno del individuo se ve asaltado de continuo, aunque se encierre en casa, por las luces, los sonidos, los olores, el zumbido omnipresente de la dinamo urbana y las palabras, millones de palabras siempre en el aire. El fogonazo de un neón se incrusta en el recuerdo de infancia que teníamos en la mente y lo transporta, deformado, al

ahora. Un chispazo de futuro brilla en un escaparate. Las gárgolas ríen, las bocas de alcantarilla escupen el vapor de los caños de agua caliente, se encrespa un coro de bocinas y las palabras revolotean como pájaros.

El neoyorquino es un tipo que habla. Mucho. Todo lo demás es secundario. El dueño de un bar de la terminal de American en el aeropuerto Kennedy, por ejemplo, nunca ha salido de la ciudad, y se enorgullece de ello. Se limita a charlar con los clientes (en dos décadas de profesión ha aprendido a manejarse en español, alemán, italiano y algo de polaco, que yo sepa) y a volver todas las noches a su apartamento en Brooklyn con alguna experiencia prestada: puede relatar con pasión y detalles un aterrizaje de emergencia en el desierto, una boda judía en París o una cena espléndida en Pekín. Es un individuo de gran amenidad.

Pesa la herencia judía, sin duda. Nueva York es la mayor ciudad judía. Eso carece de importancia en muchos aspectos, porque entre un Woody Allen y un rabino ultraortodoxo de Williamsburg hay un mundo de distancia, pero resulta esencial en algo muy concreto: la devoción por las palabras. Nueva York es talmúdica y mantiene una eterna discusión consigo misma en la que utiliza todos los recursos de la oratoria. De esa escuela colectiva brotan historias de forma inagotable. Yo estoy seguro de conocer a miles de neoyorquinos ya muertos cuya alma permanece viva en las hemerotecas. Me basta leer los reportajes que diariamente, durante más de cincuenta años, publicó un señor tímido, canijo y con gafas llamado Meyer Berger en las páginas locales de *The New York Times*. Berger, judío, hijo de inmigrantes checos, nacido en el Lower East Side, fue uno de los mejores periodistas de todos los tiempos, aunque, con excepción de la condena a Al Capone por fraude fiscal, nunca cubriera acontecimientos de primera página. Lo suyo era hablar con la gente y contar lo que ocurría en tal esquina o tal trastienda. Escribió su primera crónica en 1911, a los trece años, sobre un tipo que engulló 257 manzanas de una sentada. Fueron sólo cinco líneas. Pero el comedor de manzanas, como todas las personas que pasaron por la columna de Berger, ganó la inmortalidad. Si Nueva York nos parece tan familiar, es en parte por el trabajo de tipos como Meyer Berger.

Nevaba cuando llegué por primera vez a Nueva York. Era enero de 1984, la epidemia de «crack» y violencia ocupaba la portada del *Daily News* y yo iba escaso de dinero. Subí a un autobús para trasladarme desde el aeropuerto al centro y un tipo despeinado y con un cigarro entre los dientes, que resultó ser el conductor, me preguntó si tenía suerte. Deduje que estaba colgado. Lo del crack va fuerte, pensé, y busqué una respuesta lo bastante flácida para evitar que nuestra incipiente amistad fuera a más. Algo del tipo «Soy europeo, acabo de llegar, ya veremos», balbuceado con una sonrisita mansa. El conductor insistió: «En Nueva York hace falta suerte».

El tipo tenía razón. Yo no lo sabía entonces y tardé en saberlo, pero tenía razón.

Una temporada en Nueva York cambia a cualquiera, para bien y para mal. La vida en Nueva York es un deporte de velocidad y reflejos en el que, al final, decide la suerte. Eso tiene que ver, seguramente, con el tipo de persona al que atrae la ciudad. Pocos van a Nueva York para retirarse o para llevar una vida tranquila. A Nueva York se va a trabajar y a vivir con la mayor intensidad posible, lo cual acarrea riesgos. Y hace falta suerte. Supongo que yo la tuve. Algunos de mis amigos no la tuvieron.

Otro aviso, y prometo que es el último. Los libros sobre ciudades suelen ser de dos tipos: embelesadas historias de amor o crónicas tristes de una decepción. En este libro no hay decepción. Nueva York me gusta más allá de lo razonable. Amo a esa ciudad. Por otro lado, Nueva York tiene mucho de amante fatal y en este momento prefiero amarla a distancia. No creo que vuelva a verla.



El extranjero que se establece en Nueva York se enfrenta a una decisión fundamental. ¿Dónde vivir? Lo normal es eliminar Nassau y Suffolk, en las profundidades orientales de Long Island, una isla de 200 millas con forma de cráneo de caimán, porque están lejísimos y no son siquiera neoyorquinas; el extranjero casi ahorrará tiempo y dinero quedándose en su país de origen y tomando el avión todos los días. ¿Staten Island? Por alguna razón que se me escapa, los neoyorquinos no viven en esa isla cercana, despoblada y con grandes vistas; descartémosla. Queens es una opción «ah»: cuando uno dice «vivo en Queens», el interlocutor responde «ah». Si hay mucha confianza, pregunta por qué y nos pone en un compromiso. El Bronx, en cambio, es una opción «oh», al menos para los no neoyorquinos: «Oh, ¿y es seguro?». Pues sí y no, según, a ratos, como todo. Tiene zonas de lujo y calles muy sórdidas. El Bronx (único barrio continental en una ciudad-archipiélago) es habitable, como los testículos de cerdo son comestibles. Cuestión de gustos o de hambre.

Manhattan o Brooklyn, pues. Brooklyn: república independiente dentro de la república independiente, variada, con un metabolismo menos acelerado y una herencia holandesa (Brooklyn viene de Breuckelen) muy perceptible, en lo físico y en lo químico. Brooklyn está muy bien. Yo elegí Manhattan. El centro del centro del mundo. Soy una persona de decisiones predecibles.

Manhattan, la Mannahata (isla de las colinas) de los indios Delaware, la isla en forma de pez de Walt Whitman, contiene tres ciudades distintas: Harlem, Metrópolis y Gotham. Lo de las tres ciudades no lo digo porque sí, lo inventó hace muchos años Marvel Comics, la editorial que publicaba historietas de superhéroes. En una especie de manual de instrucciones que entregaba a los dibujantes y guionistas recién contratados hacía las siguientes definiciones:

**METROPOLIS:** La ciudad de Superman. Es el centro de Manhattan en un mediodía soleado.

**GOTHAM:** La ciudad de Batman. Es el sur de Manhattan en una noche lluviosa.

**HARLEM:** Es Harlem.

A veces se da a toda Nueva York el sobrenombre de Gotham. Es bonito, sonoro y gusta, quizá porque casi nadie sabe de dónde viene. Lo utilizó por primera vez

Washington Irving en 1807, en una saga satírica en la que inventaba un origen mitológico para su ciudad. Irving, a su vez, extrajo el término de la tradición medieval inglesa. Según la leyenda, Gotham era un pueblo cuyos habitantes incurrieron en la ira del rey y lograron evitar el castigo haciéndose pasar por idiotas. Durante siglos, los chistes ingleses comenzaron con las palabras «era uno de Gotham que...»; exactamente equivalentes al «va uno de Lepe...» en los chistes españoles de hoy. O sea, decir Gotham es más o menos como decir Lepe. Con todo el respeto por Lepe, simpática y famosa localidad andaluza.

¿Qué hace falta para sentirse como en casa cuando uno se establece en el extranjero? Hay quien necesita años, amistades y derecho de voto. Cada uno sabe lo suyo. Yo requiero muchas camisas bien planchadas, una cantidad ingente, y no exagero, de pañuelos blancos y una barbería; todo lo demás es accesorio. Me siento incapaz de explicar por qué. Con un armario lleno de camisas, un cajón desbordante de pañuelos y una barbería disponible, el mundo y yo estamos en armonía.

Consta en un viejo pasaporte que aterricé en el aeropuerto John Fitzgerald Kennedy el 16 de junio de 2000, para quedarme como corresponsal del diario *El País*. Me alojé en varios hoteles mientras buscaba apartamento. En las lavanderías del Roger Smith, el Novotel y el Intercontinental deben recordar aún al maníaco de las camisas y los pañuelos.

Instalarse en una ciudad y buscar apartamento suele ser fatigoso. En Manhattan lo es especialmente, porque las viviendas se dividen en dos categorías: aquellas que uno puede pagar, y aquellas en que uno está dispuesto a vivir. Cuando uno encuentra al fin un apartamento asequible (hablo de un alquiler no superior al sueldo mensual) y habitable (en el sentido en que son habitables los iglús y los cementerios de El Cairo), puede considerarse doctorado en ciencias inmobiliarias.

En los primeros pasos me ayudó Isabel Piquer, la periodista que ya trabajaba en la ciudad para *El País* y que, en adelante, iba a ser mi compañera de oficina. No la conocía personalmente, sólo había hablado con ella por teléfono un par de veces. Pero había utilizado los recursos informativos de la redacción central de Madrid, donde, en teoría, se sabe casi todo de casi todo el mundo. Inquirí discretamente sobre Isabel y me hice una idea del personaje. A mi llegada nos citamos para cenar. Yo esperaba encontrar, basándome en el perfil psicofísico construido a partir de los testimonios recogidos entre mis compañeros, a una señora mayor, poco agraciada y sentimentalmente inclinada hacia las personas de su propio sexo. No sé si me tomaron el pelo o si elegí muy mal las fuentes. Isabel resultó algo bastante parecido a todo lo contrario.

Lola, mi mujer, estaba todavía en Barcelona, ocupada con su propio empleo. Y yo, solo en Nueva York, compatibilizaba mis tareas personales, como la supervisión minuciosa del flujo de camisas y pañuelos entre la lavandería y la habitación del hotel, con las labores propias del corresponsal recién llegado. La rutina de las primeras semanas consiste más o menos en presentarse con traje y corbata en los centros de poder y de información, repartir muchas tarjetas de visita, dejar muchos mensajes telefónicos de los que pocos obtienen respuesta y fiarse de la prensa local al escribir. Uno va muy despistado.

Además de eso, había que instalarse. Lo primero era la obtención, o, más precisamente, la penosa extracción administrativa del Social Security Number. Ese número, como su nombre no indica, es ajeno a cualquier tipo de seguridad social, según el significado que en Europa se da a esas palabras. El número sirve para conocer el crédito de cada uno, su capacidad de endeudamiento, y vendría a servir también como número de identificación personal, al estilo del DNI español. Te solicitan el número al contratar cualquier tipo de servicio, al comprar a plazos, en el banco.

El número que se entrega al ciudadano no es nuevo. Lo han usado otras vidas. Cuando alguien muere, su 0284-22-86, por poner una cifra al azar, vuelve a las oficinas federales y es reciclado y adjudicado a un ser vivo recién estrenado como residente en los Estados Unidos de América.

Ésa fue mi desgracia. Empecé a notar que algo ocurría cuando intenté hacerme con un teléfono móvil. El untuoso vendedor asiático, que se deshizo en sonrisas mientras me ofrecía distintos modelos y me ayudaba a rellenar el formulario, adoptó un tono de pariente lejano del difunto tras hablar con la agencia de crédito. Me devolvió la tarjeta y me dijo que lo sentía.

—Las compañías telefónicas no le aceptan —dijo.

—¿Por qué?

—Su calificación, al parecer, es insuficiente.

El hombre tenía la virtud del «understatement». La agencia de crédito me rechazaba y además, sospecho, recomendaba al vendedor que vigilara la cartera.

Con el tiempo, supe cómo funcionaban las calificaciones otorgadas por agencias como TransUnion o Equifax. Un ciudadano con muchas «A» o muchas estrellas es un tipo considerado solvente, con un patrimonio descomunal o con una gran deuda asumida y con capacidad supuesta para cargar con más. Un «B», digamos un tres estrellas, es alguien de ingresos bajos (no: de gastos bajos; así es como se mide la riqueza o la pobreza en Estados Unidos; un multimillonario que no gasta queda fuera de juego) o de endeudamiento tan desmesurado respecto a su renta que comprar un aspirador a plazos puede hundirle en la bancarrota. Un «C» duerme en una caja de cartón en una acera del Lower East Side.

En todas las tiendas de teléfonos ocurría lo mismo. Y, sin embargo, yo tenía dinero. Había abierto una cuenta en el Chase Manhattan Bank con la generosa provisión de fondos del periódico. (Lo de la cuenta se hizo no sin cierta dificultad: cuando careces de dinero, pasas por indigente; cuando tienes una cantidad notable en efectivo, pasas por narcotraficante o terrorista.) Podía dedicarme un año entero a llamar a un teléfono erótico de Melbourne y pagarlo en «cash» sin problemas. Y mi tarjeta de crédito daba margen para charlar un lustro con el servicio de información municipal de Kuala-Lumpur, una vez colgara la telefonista erótica australiana. ¿Qué tenían las agencias contra mí?

—Eso es que el crédito se construye gastando, y tú aún no has gastado nada —me decía Isabel.

Tenía razón, pero había algo más. No podía ser que, por el simple hecho de carecer de historial crediticio, me mirara tan mal todo el gremio de la comunicación inalámbrica.

Un día conseguí hablar con alguien de una agencia de crédito que me explicó con

detalle mi propia vida. Cito de memoria, más o menos, lo que me dijo: yo había cometido fraudes en Arizona, había dejado un reguero de deudas por Louisiana y Alabama y no me alcanzaban los recursos ni para el alojamiento de cartón junto a un pilar del puente de Brooklyn.

Me habían dado el número de un muerto moroso que, por algún cortocircuito burocrático, seguía vivo en los ordenadores federales. Llegué a saber bastantes detalles sobre él. Qué tío. No había pagado una factura en 30 años, y no se privaba de caprichos. Dejó una deuda de más de 200.000 dólares. Mi deuda.

El muerto me persiguió bastante tiempo. Conseguí arreglar el equívoco en las oficinas de la Social Security e incluso accedieron a darme un contrato telefónico (con el que no podía exceder un gasto de 200 dólares mensuales) en una remota tienda del Upper West, exigiéndome, eso sí, una fianza de 700 dólares, porque aunque mi crédito estaba a cero no había quien se fiara del todo, tenía que comprenderlo, de un tipo con un pasado tan turbulento como el mío.

Muchos meses más tarde, al contratar un servicio de Internet, aún me dijeron que no aparentaba en absoluto los 72 años que acreditaba mi Social Security Number.

De una forma o de otra, ya tenía el número. Y carecía de deudas en el sistema informático federal. La máxima urgencia era el piso.

Lo esencial, me explicaron los veteranos, consistía en conseguir antes que nadie el *New York Times* del domingo, donde se publicaban las ofertas de alquileres. No había que esperar al domingo. Había que hacerse con el periódico el sábado por la tarde. O mejor por la mañana. El domingo ya estaba trillado lo mejor. Me las arreglé como pude, me quemé la vista repasando páginas de letra microscópica (por entonces me compré las primeras gafas de leer) y emprendí un cansino peregrinaje por los apartamentos vacíos de la ciudad.

Visité un piso con una sola ventana que daba a un árbol, y me refiero al tronco: la vista consistía en un trozo de madera. Visité otro que consistía en un amplio cuarto de baño con un rinconcito anejo para cocinar, comer y dormir. Hubo uno que no visité porque la persona que lo mostraba, al abrir la puerta, dio un respingo y me empujó hacia atrás en un gesto de protección: me he preguntado muchas veces qué habría visto esa persona, qué escena espantosa se desarrollaba en el interior. Conocí madrigueras infames, estancias oscuras, habitáculos con las paredes inclinadas. Y eso con un presupuesto generoso.

También eché un vistazo al lujo. Por curiosidad malsana visité un ático en The Archives, el edificio donde vivía Monica Lewinski (era el reclamo publicitario de la casa), que ofrecía gran terraza, magna escalera de mármol blanco y dos amplias habitaciones por el módico alquiler de 11.000 dólares mensuales.

Temía no encontrar nada en el Village, el West Village o Chelsea, la zona donde buscaba. Llegué a renunciar, lo confieso, a todas mis decisiones previas, y amplíé progresivamente mi campo de acción hacia el Upper West, hice tanteos incluso en el Upper East, monótono como una cara de póker tratada con bótox, y hasta me desplacé un par de veces a Brooklyn por si había suerte. Nada de nada.

Por más que se ennegreciera el panorama, intentaba trasladarle una visión optimista a Lola. «No, no me he decidido por ése porque la vista del río no es completa», le contaba yo por teléfono, en vez de «sólo se veían los amarres de un trasbordador y las ratas me sonreían desde el otro lado del cristal», cosa que habría resultado sin duda más exacta.

—Contrata a una agente, te cobrará un mes de comisión pero te ahorrarás angustias —me aconsejó Isabel.

Me habló de una chica llamada Merav que había conseguido un piso espléndido para Ricardo Ortega, el corresponsal de Antena 3, llegado a Nueva York semanas antes que yo. El nombre de Ricardo Ortega no me sonaba. Isabel me explicó que era un muchacho muy interesante que llegaba de Moscú, un veterano de Chechenia. Bueno.

Llamé a Merav. Era una chica joven, delgada e hiperactiva, con el móvil en una mano y el vaso-cisterna de Starbucks en la otra, preocupada porque su familia, de judíos ortodoxos, le buscaba novios en ambientes de judíos aún más ortodoxos, y decidida, como muchos neoyorquinos, a hacerse millonaria en un par de décadas y retirarse antes de los 50.

—Con un poco de suerte —me comentó— te encontraré un piso tan formidable como el de otro periodista español que se ha instalado este verano. Ricardo Ortega, se llama.

«Tengo que conocer a ese Ricardo y hacerme recibir en su mansión», pensé.

No me costó nada conocerle. Merav y yo nos topamos con él por la calle mientras paseábamos por el Village.

Ricardo me llevó a ver su casa. Resultó estar en un edificio de la Calle 10 donde yo había visto ya un ático concebido, digamos, verticalmente: era una terraza de la que colgaba un tubo-vivienda. El apartamento de Ricardo, en cambio, era una joya: amplio, tranquilo, con luz y vistas a un jardín.

Luego fuimos a tomar cervezas al Blind Tiger de Hudson Street, cerca de la 10. Ese abrevadero (muy aconsejable) había de convertirse en el futuro en nuestro lugar de encuentro casi cotidiano. Pero entonces no lo sabíamos.

Merav me mostró, a los pocos días, un bonito apartamento en la Duodécima, en el centro de Chelsea. Era un edificio recién construido, con los interiores aún por terminar, un salón con forma de queso en porciones, una cocina en la que cabía una cafetera y dos dormitorios. «Me lo quedo», suspiré, con un inmenso alivio. Informé a Lola con alborozo, traté de convencerla de que 4.000 dólares mensuales no eran nada comparados con la inmensidad del cosmos, y avisé a la empresa de mudanzas de que al fin podíamos ir sacando los muebles del contenedor.

A la mañana siguiente tuve que irme a Miami. Allí estaba, escribiendo en una habitación de Holiday Inn, cuando me telefoneó Isabel.

—Me ha llamado Merav porque no te localizaba. Los administradores del edificio de Chelsea han decidido alquilar los pisos por semanas. No te quieren. Tendrás que seguir buscando.

Estupendo.

Al cabo de una semana regresé y seguí buscando.

El día en que nos conocimos, Merav me había susurrado, en tono de confidencia

cómplice, un nombre: «The Printing House», La Imprenta. «Lo mejor para ti», me decía. Y agregaba: «Muy difícil, la lista de espera es muy larga». Pero matizaba: «Conozco a la administradora». Todo quedaba en manos del destino, y de la administradora.

A mí me sonaba bien lo de Printing House. Los periodistas de otra época, como es mi caso, sentimos devoción por las imprentas. Fui a ver el edificio por fuera y me gustó: buen emplazamiento, en el 446 de Hudson Street, esquina con Leroy, y buen aspecto. Tenía 10 plantas, había alojado rotativas en el sótano en los años veinte y treinta y conservaba una fachada de industria antigua, con grandes ventanas enmarcadas por bajorrelieves, vigas de hierro, y un aire general de solidez.

Cuando Merav me telefoneó y me gritó que existía la posibilidad de acceder a The Printing House, salí de estampida para allá.

A veces, la vida nos exige transigir. A mí me exigió algo más que eso. Me exigió suplicar, jurar fidelidad eterna, prometer sumas inconcebibles por adelantado y en efectivo. «Habría que pagar anticipadamente un año de alquiler —dijo la administradora—. Antes del viernes.»

«¿Tú estás loco?», preguntó Josefa Gutiérrez, la otra administradora, la de la redacción de *El País*, cuando le pedí que me anticipara 50.000 dólares con urgencia. Pero Josefa, como otras veces, acabó sacándome del apuro. Y envió el dinero.

Firmé, firmé y firmé. Cheques, contratos, garantías, declaraciones juradas, autocertificados de buena conducta y todo lo que me pusieron por delante. Cualquier cosa con tal de quedarme allí. Y lo logré. Alquilé, por la minucia de 4.300 dólares mensuales, un apartamento de dos plantas (o más bien de una sola planta con altillo), con un salón de techo alto, un baño, una cocina diminuta, dos dormitorios, una ventana con vistas al *skyline* de Midtown y al edificio Chrysler, y un tubo en el pasillo para tirar las bolsas de basura. El tubo era fantástico. Nunca me cansé de arrojar bolsas. Ese invento, habitual en los rascacielos, me parece una maravilla. ¿A quién no le gusta tirar cosas por un agujero oscuro? Solía quedarme escuchando los tropezones del paquete en su descenso (*clonc, clanc, clonc*) y el estruendo del aterrizaje en el contenedor del sótano, y cerraba la compuerta con una sonrisa. Qué invento.

El apartamento de Ricardo y el mío estaban cerca. Ambos vivíamos en el West Village. El estaba soltero, pero con bastantes compromisos. Su vida sentimental era muy entretenida y, de hecho, solía ser uno de nuestros principales temas de conversación. Ricardo tenía éxito con las mujeres. Un tipo bien parecido, que hablaba un ruso más que correcto (había estudiado Ciencias Físicas en Moscú) y un inglés



aproximativo pero sugerente, que contaba aventuras divertidas y terribles de la guerra de Chechenia y trabajaba para la televisión: supongo que eso habría bastado para garantizarle un cierto atractivo. Era, además, generoso e inteligente, y en el interior le ardía algo, nunca supe bien qué. Una persona especial.

Tomar un taxi con él constituía una apuesta de alto riesgo. Podía entablar amistad con el conductor afgano y, sobre la marcha, contactar con un amigo islamista del afgano que conocía a uno que conocía a uno de Al Qaeda (por entonces una denominación confusa y misteriosa) y entonces desviaba la ruta hacia un garito de Jersey City para apalabrar un contacto en no sé qué sitio con un presunto colaborador de Osama bin Laden. Uno salía con Ricardo a cenar algo rápido y podía acabar de madrugada en un sótano, rodeado de individuos torvos y posiblemente armados. Era así. Un catalizador de aventuras. Un Tintín con el alma grávida de un Haddock.

Los taxistas neoyorquinos, por cierto, constituyen una gran fuente de información sobre la actualidad mundial. Suelen saber poco sobre la ciudad o, en ciertos casos, nada: llegaron la semana pasada, en un día se estudiaron el papel moneda, aprendieron anteayer algunas palabras inglesas y hace un par de horas les pusieron un volante entre las manos. Pero pueden relatar (si uno habla su idioma, o si hablan un inglés comprensible) cómo son los rituales de boda en Karachi, o las causas de unas matanzas en Nigeria a las que ningún diario occidental presta atención, o la mejor forma de degollar un pollo.

Su estilo de conducción caracteriza el tráfico ciudadano. Proviene de países con pocos kilómetros asfaltados y con códigos de conducción aproximativos, y aplican su experiencia a las avenidas de Manhattan. No sé si los neoyorquinos les copian, o si el estilo autóctono es parecido al de las afueras de Kinshasa. Sea por una cosa o por otra, en Nueva York sólo rigen dos leyes: hay que evitar los baches de profundidad superior a un metro, y es lícito realizar cualquier maniobra, por suicida o manifiestamente absurda que resulte, siempre que se toque mucho la bocina.

Los taxis de Nueva York no descansan nunca. El propietario los utiliza unas horas y los subcontrata el resto de la jornada a inmigrantes que, en algunos casos, viven de las propinas y poco más. Los coches amarillos brincan eternamente por el asfalto agujereado transportando a bordo infinitas peripecias humanas. En ese asiento posterior en el que uno se hunde ha ocurrido todo lo que se pueda imaginar, y más. Los taxis son pedazos de historia viva y merecen tanto respeto como las ruinas de la Acrópolis.

Yo estaba temporalmente solo, a la espera de que llegara Lola, y me agregué al torbellino vital de Ricardo. Además de en el Blind Tiger pacíamos en otros lugares. Como el White Horse de Hudson Street, casi enfrente del Tiger, donde tuvo su mesa Dylan Thomas. Dicen que, una noche de 1953, el gran *poeta*, dipsómano (con pocas

cosas he leído tanto como con sus *Hijas de Rebeca*) anunció a grandes voces que había bebido 18 whiskies y había batido la marca del White Horse. Luego se desmayó. Al despertar se tomó unas cervezas, fue a un hospital y murió de intoxicación alcohólica.

Un gran descubrimiento de Ricardo fue el Corner Bistro de la Calle 4, siempre abarrotado, ruidoso y cabrón, pero con hamburguesas extraordinarias, quizá las mejores de Manhattan. También frecuentábamos, con más ilusión que provecho, los billares de East Houston, esquina Mott. Y, con gran insistencia, el Pravda, un subterráneo nocturno de Lafayette decorado con inscripciones en ruso donde consumíamos importantes cantidades de vodka y dry martini (agitado, no revuelto, con Stolichnaya, una gota de vermut seco y dos olivas, sin ensuciar). El Pravda no tenía inscripciones en el exterior, sólo un farolito rojo. A mí el farolito y los carteles en ruso del local me parecían estimulantes. Imaginaba consignas revolucionarias, o ucases zaristas. Una noche le pedí a Ricardo que los tradujera. Craso error. Fue leyendo: «Sopa», «Entrantes», «Carne», «Dulces». «Son los letreros de algún comedor en régimen de autoservicio, en Rusia servían para que la gente se pusiera en la cola adecuada», explicó.

Seguí yendo al Pravda, pero ya nunca fue lo mismo.

Entre los mediodías soleados de Metropolis y las noches lluviosas de Gotham, me quedo con lo segundo. Mi apartamento estaba en el West Village y mi vida después del trabajo se desarrollaba más bien «downtown», al sur de la Calle 14. Las viejas cualidades canallescas del sur de Manhattan se mezclan ahora con el dinero, los estupefacientes, el diseño y la tontería; ignoro si siempre fue así, pero no me extrañaría.

Compré *Gangs of New York*, un libro de Herbert Asbury del que Martin Scorsese hizo después una película, y descubrí que mi barrio tenía un pasado especialmente turbulento. Cerca de casa, en lo que ahora son las calles Sullivan, Thompson y Grant, estuvo Arch Block, un célebre refugio de rufianes e infelices dirigido por La Tortuga, una gigantesca mujer negra que pesaba más de 150 kilos. Fue uno de muchos lugares terribles que ya no existen y que los neoyorquinos, atareados con el presente, prefieren no recordar.

Desde 1999 se realizan excavaciones arqueológicas en lo que se llamó Five Points y es hoy parte de Chinatown. Me enteré por un periódico de que habían encontrado un yacimiento de diminutos huesos humanos mezclados con loza y pedazos de pipa de arcilla; según un experto se trataba, sin ninguna duda, del sótano de un prostíbulo del siglo XIX. Los abortos y los hijos de las pupilas que nacían muertos eran arrojados a un pozo. Al pozo iban también los niños que morían de enfermedad: la mortandad infantil era altísima, el cólera era casi tan frecuente como el resfriado y en esa zona no había acceso a cuidados médicos. La vida era tan dura como en el East End londinense de la misma época, la segunda mitad del XIX, y mucho más violenta.

El pasado de las ciudades se encuentra en las hemerotecas y en las cloacas. Especialmente en las cloacas. Bajo las del sur de Manhattan se oculta un lago que fue importantísimo en la infancia de Nueva York.

Casi todo el mundo sabe que Nueva York, o mejor Nueva Amsterdam, nació en el *extremo* sureste de Manhattan, donde se instalaron unos cien emigrantes holandeses llegados en mayo de 1623, tres años después de que el *Mayflower* descargara la primera colonia de puritanos en Massachusetts. Los holandeses imprimieron a su trocito de isla un carácter comercial que resultó imborrable, aunque en 1664 el duque

de York conquistara la plaza para la corona británica y cambiara el nombre por el suyo.

Yo creía, al principio, que la ciudad holandesa original era muy pequeña y limitaba al norte con Wall Street, la calle del Muro que, suponía yo, alzaron los fundadores como defensa contra las tribus indias locales, los iroqueses y los algonquinos. Los algonquinos manhattanitas formaban la tribu de los lenape, fueron ellos quienes vendieron la isla a los holandeses por los célebres 24 dólares (en realidad, los indios no conocían el concepto de propiedad y consideraron el asunto una simple ceremonia de hermanamiento) y nunca estuvieron fuera de ninguna supuesta ciudadela. Estaban dentro, en las tabernas y los comercios, como cualquier otro neoyorquino. La empalizada de Wall Street se construyó de forma casi postuma contra los invasores ingleses, que acabaron tomando la ciudad sin disparar un tiro (el general cojo Peter Stuyvesant se rindió con los suyos y siguió viviendo tranquilamente en su finca). Wall Street fue siempre céntrica.

La Nueva York holandesa tenía más o menos los límites de la actual Nueva York. La pequeña colonia de esclavos vivía donde hoy se alza el edificio de las Naciones Unidas. Turtle Bay, donde nunca hubo tortugas, era Deutel Bay, la Bahía del Taco; Deutel, mal pronunciado por los anglófonos, se convirtió en Turtle. Harlem era Nieuw Haarlem. El Bronx era donde estaba la finca de Jonas Bronck. Etcétera.

Por encima de la empalizada, donde hoy discurren calles llamadas Lafayette o Mulberry, se extendía una zona pantanosa con un gran lago de agua dulce que los holandeses llamaron Kalchhook y los británicos se limitaron a describir como Fresh Water Pond y más tarde bautizaron como Collect. Esa era la principal reserva de agua potable de la isla. El pulmón original de la ciudad late en esas aguas, visibles aún bajo las alcantarillas.

La actividad social era intensa en la laguna. En Collect abundaba el pescado y la gente se encontraba en la orilla para tirar un rato la caña. A los protoneoyorquinos la caña debió de parecerles poco productiva y en 1732 hubo que prohibir el uso de redes para evitar la extinción de la fauna. En el centro de Collect había una isla donde fueron ahorcados, quemados vivos o descoyuntados los esclavos negros que se sublevaron en 1741. Los neoyorquinos, hasta 1830, extrajeron el agua potable de los manantiales subterráneos de Collect. Y a Collect fue a parar, con el tiempo, una ingente cantidad de basura.

A orillas de la laguna se establecieron una fábrica de cerveza (inicialmente, cuando el agua estaba limpia), varios curtidores, una fábrica de goma y dos mataderos: el lago se convirtió en el vertedero de la ciudad. En 1802, el ayuntamiento decidió drenar y cubrir el Collect, para mitigar el foco de hedor y enfermedades. Diez años después se permitió construir en la zona, de salubridad discutible. Brotaron miles de edificios y en poco tiempo empezaron a hundirse en el terreno pantanoso. El

único edificio sólido, la antigua fábrica de cerveza Coulter, fue subdividido en minúsculos apartamentos. A su alrededor se formó una madeja de calles estrechas, casas inclinadas y sótanos pestilentes. El Collect acogió a quien no podía establecerse en ningún otro sitio y se convirtió en el barrio de los forajidos, los prostíbulos y los inmigrantes. Eso fue Five Points, un barrio de tabernas, navajazos, emociones fuertes y miseria abyecta, frecuentado por nativos como Walt Whitman y turistas como Charles Dickens.

El urbanismo de Nueva York se forjó con un patrón medieval: millonarios y mendigos convivían en un palmo cuadrado. Eso creó una civilización interesante. Las urbanizaciones de casas iguales para gente igual que piensa igual generan ignorancia y paranoia, los dos males contemporáneos de Estados Unidos.

Los tres caserones para realquilados más sórdidos del Manhattan fundacional eran la Old Brewery, la vieja cervecería de Five Points; la Gotham Court de Cherry Street (donde poco antes había vivido George Washington, como presidente de la nación, y donde ahora hay bloques de viviendas municipales) y Arch Block, en la calle Sullivan. En Water Street se organizaban peleas de ratas contra perros, y había un tipo empleado, digamos, en la industria del espectáculo, cuya especialidad consistía en decapitar ratas con los dientes a cambio de unos centavos. Cuando mi trabajo me parece desagradable, pienso en el suyo.

La vida política giraba en torno a dos partidos, Tammany Hall (futuros demócratas), indescriptiblemente corruptos, y Know-Nothing (literalmente «sabe-nada»), futuros republicanos, antiinmigrantes y anticatólicos, o sea, antiirlandeses, e indescriptiblemente violentos. Los militantes de ambos partidos venían a ser, en total, unos treinta mil en 1855, dedicados todos ellos a la extorsión y al fraude electoral.

El «carnicero» William Cutting, *Bill the Butcher*, era el cabecilla de los nativos, los Know-Nothing, enemigos de los irlandeses famélicos y recién llegados. La asociación conocida como Tammany Hall se llamaba así en honor de un antiguo jefe indio, Tammany, *el amable*, y tenía su sede en Frankfort Street. Su gran líder, William «Boss» Tweed, un bombero de origen irlandés, creó la máquina política más formidable que se hubiera visto en Nueva York: Tammany robó unos 200 millones de dólares de los fondos municipales entre 1865 y 1871, falseó todas las elecciones, hizo de la policía un instrumento a su servicio (de ahí la tradición irlandesa de los «cops» neoyorquinos) y la organizó con criterios de mercado: para ascender de patrullero a sargento, el agente debía pagar 1.600 dólares; para ascender de sargento a capitán, 12.000 dólares, y así sucesivamente. El agente recuperaba luego la inversión por la vía de organizarse cohechos y negocietes de protección.

Tammany dominó por completo la ciudad hasta que, en 1934, el republicano Fiorello LaGuardia se hizo con la alcaldía y estableció una administración más o menos moderna (con mafia incluida, por supuesto). En Tammany se perfeccionaron

las organizaciones mafiosas importadas por judíos e italianos.

«Tammany» es hoy un término peyorativo. Y, sin embargo, la corrupción generalizada del «Boss» Tweed y de Tammany permitió que se integraran en Nueva York millones de personas que llegaban en aludes al muelle de Ellis Island sin otra cosa que piojos, pobreza e ilusión. A falta de una auténtica administración pública, que las clases acomodadas se negaban a financiar, Tweed estableció un sistema delictivo de protección social que salvó muchas vidas. La alternativa a Tweed, representada por los plutócratas y los protorrepublicanos del Club Cincinnati, ricos, «nativos» y elitistas, carecía de la desfachatez y el populismo necesarios en las circunstancias. Yo, que no puedo evitar tomar partido (pónganme delante dos desconocidos jugando a los barquitos, y en cuestión de segundos seré partidario de uno o de otro), estoy con Tammany.

Pasé varias tardes pateando el asfalto sobre Five Points. Hablé con los arqueólogos que excavaban bajo Chinatown, convencí al dueño de un restaurante de Doyers Street para que me dejara visitar el sótano, dediqué horas a caminar con un plano y un lápiz en la mano. Esos merodeos no resultaron fáciles. Nueva York, la ciudad más potente de Estados Unidos y del mundo, no es siquiera capital de sí misma. La capital del Estado es Albany, una pequeña población del norte industrial donde se forjó el credo mormón, donde durante décadas se fabricaron los radiadores de los vehículos Ford, donde la frontera canadiense está a la vuelta de la esquina, donde nieva de forma salvaje y donde abundan los cogotes colorados del proletariado nacional: un *red neck* es un cateto; un *white trash* (basura blanca) es un cateto al que las estadísticas socioeconómicas colocan en el mismo nivel que los negros del *ghetto*. Parece higiénica la costumbre de otorgar la capitalidad estatal a ciudades de tercer orden (Florida, capital Tallahassee; California, capital Sacramento; Luisiana, capital Baton Rouge) y probablemente tiene sus ventajas, pero acaba siendo una pesadez que la Comisión Arqueológica de Nueva York esté en Albany. La arqueóloga que había dirigido los trabajos en Five Points se desplazaba a Manhattan un día por semana, justo el día en que yo tenía trabajo hasta las tantas. No llegué a conocerla personalmente. Me facilitó, sin embargo, nombres y direcciones.

Lo cual resolvía una parte del problema. La otra parte consistía en presentarse en un restaurante chino, preguntar, por ejemplo, por el señor Ling Cheng (solía haber tres o cuatro personas llamadas con el mismo nombre en cada establecimiento) y, una vez localizado el susodicho, explicarle, en un inglés comprensible para ambos, que quería echar un vistazo a su sótano. Según mi experiencia, un restaurador chino está dispuesto a mostrarte cualquier cosa menos el sótano. Cuando al fin, tras mucho rogar y mucho esperar a que el personal preparara el almacén para la visita, uno baja la escalera y examina el sótano en cuestión, toma de forma automática dos decisiones firmes: una, renunciar a la comida china por una temporada; dos, renunciar a

descubrir lo que el pelotón asiático residente en el subsuelo ha escondido antes de la visita del curioso.

Vi un muro del siglo XVIII y algunos restos ya clasificados por los arqueólogos: monedas, trozos de pipas de arcilla, botones, objetos de vidrio. Vi también montones de sustancia orgánica, supuestamente comestible, en subterráneos llenos de ratas; cientos de patos lacados; mozos de almacén chinos probablemente provistos de pasaportes emitidos 80 años atrás (nunca muere nadie en Chinatown: la documentación pasa a manos de otro, en una suerte de reencarnación civil), y mucha oscuridad. Poco más.

Buscando vestigios acabé encontrando mi barbería. Estaba a dos estaciones de metro de casa, en Chambers Street, muy cerca de City Hall Park y de la pequeña sede municipal, a la sombra de las Torres Gemelas. La regentaban judíos rusos y la frecuentaban agentes de policía. Me cortaba el pelo una mujer muy pálida que se llamaba Irina y apenas hablaba inglés. Se echaba en falta alguna charla sobre fútbol, una ciencia que en Nueva York sólo desarrollan los hispanos. Pero las conversaciones de los *cops*, los policías locales, garantizaban el entretenimiento; no porque contaran historias muy interesantes o chistes muy divertidos, sino por su casi infinita capacidad de cotilleo. Aquellos tipos gordos, con el oficio de ser más duros que nadie en una ciudad célebre por su dureza, se morían por saber si Britney Spears era virgen o si, como habían leído en Internet, Michael Jackson se lo montaba con su mono.

Mis hermanas siempre han dicho que soy raro. También lo dice Lola. Y lo dicen mis amigos, y las mujeres de mis amigos. En Nueva York me sentí como en casa porque todo el mundo me parecía raro, más raro que yo.

La luz neoyorquina resalta las aristas y los recovecos del carácter y traza perfiles singulares. Las peculiaridades de cada uno se hacen visibles y cualquier persona normalita, bien mirada, muestra un punto excéntrico. Quizá sea por el trajín, o por el relativo desarraigo, o por el desorden horario de una metrópoli que no duerme (eso es rigurosamente cierto), o porque la gente se libera de ciertos convencionalismos. No hablo de los turistas, que en todas partes se visten y comportan como alienígenas del planeta Disney. Hablo de los neoyorquinos, nativos, residentes o de paso.

Uno de mis primeros encargos como corresponsal, una entrevista, me llegó de Álex Martínez-Roig, un amigo a quien debo varios grandes favores que, en principio, no creo que pueda devolverle. Lo más probable es que siga siendo él quien tenga que echarme una mano de vez en cuando. Se trata de un señor de mi edad al que conocí cuando teníamos apenas veinte años y al que sólo recuerdo como jefe. Seguramente nació jefe, con un papel y un boli en la mano y reunido con alguien. Álex es otro de los que me consideran raro. A lo que íbamos: me telefoneó y me dijo que entrevistara a Oliver Sacks. Yo, en estos casos, pido instrucciones concretas: «¿Y quién es?», pregunté. Si no saben ustedes quién es Oliver Sacks, hagan lo que hice yo. Vayan a una librería, compren todos sus libros y léanlos. Dejen éste, con el que no aprenderán gran cosa, y empiecen, por ejemplo, *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. O *Un antropólogo en Marte*.

Pasé varios días y noches con libros y artículos de Sacks, inmerso en un mundo de cirujanos con espasmos turéticos, funcionarios encefalíticos, artistas amnésicos y todo tipo de enfermos cerebrales. Oliver Sacks es un gran neurólogo y un gran escritor. Leí que, además, tenía un excepcional ojo clínico. Un amigo suyo contaba que acompañarle en coche por Nueva York resultaba una experiencia muy entretenida, porque de vez en cuando señalaba a alguien aparentemente vulgar que caminaba por una acera y decía: «Mira, ése padece tal síndrome». El amigo sospechaba que esos diagnósticos instantáneos a distancia tenían más de farol que de ciencia y quiso hacer comprobaciones. En una ocasión detuvo el coche, se apeó y se acercó al ciudadano en cuestión, para preguntarle si sufría, por ejemplo, un síndrome lacunar sensorial. Y resultó que sí.



¿Han leído un cuento de Jorge Luis Borges llamado *Funes el memorioso*? El protagonista es un hombre con una memoria absoluta, total, al que los amigos rehúyen porque saben que cada frase que pronuncien, cada gesto, cada parpadeo, quedará grabado para siempre en el cerebro de Funes. Yo acudí a casa de Oliver Sacks, en Horatio Street (él también vivía en el Village), como si fuera a visitar a Funes. Temía que Sacks abriera la puerta, me echara un vistazo y llamara al servicio de urgencias neuropsiquiátricas. Pero no. Quien me abrió fue un hombre muy robusto, antiguo levantador de pesas, ligeramente tartamudo, tímido y de gestos titubeantes, con una sonrisa bondadosa en los ojos. Ese hombre, que perteneció a los Angeles del Infierno, que en 1965 estuvo a punto de morir por su adicción a las anfetaminas, que escaló montañas escandinavas y exploró las regiones vírgenes del Amazonas, que no pudo dedicarse a la investigación en laboratorio porque sus despistes causaban frecuentes catástrofes y que en aquel momento tenía ante mí, vestido con traje y sandalias, era Oliver Sacks.

Su oficina me gustó mucho. Un viejo escritorio de madera oscura, minerales raros, objetos no identificables, una máquina de escribir y cientos de libros antiguos. Me hizo sopesar un trozo de tungsteno, me habló de su sistema de comidas (su ayudante le preparaba cada semana un gran perol de arroz con pescado que él iba sirviéndose en raciones: no variaba jamás, con la excusa de que la mayor parte de la población mundial hace lo mismo), me habló de Sherlock Holmes («presentaba todos los síntomas del autista») y de su infancia desgraciada en Inglaterra, y me contó una historia ocurrida en el hospital donde trabajaba, el Beth Abraham del Bronx.

«Un antiguo director del hospital, de quien yo había aprendido mucho —empezó a relatar—, ingresó como paciente tres años después de jubilarse, aquejado de demencia senil. Un día se puso una bata blanca, entró en la que había sido su oficina y se puso a repasar expedientes. Sobre uno de ellos leyó su nombre. Le encontramos gritando, sacudido por convulsiones, absolutamente horrorizado. Al leer su nombre había descubierto, en un instante de lucidez, algo que no sabía: que estaba loco.»

Sacks sufría pesadillas de ese estilo. Pesadillas en las que le confundían con un paciente: «¿Cómo podría yo demostrar que estoy cuerdo? En mí verían a un hombre nervioso y tartamudo, convencido, el pobre, de ser el doctor Oliver Sacks». Al final me rogó que evitara en lo posible la palabra «locura». «Yo prefiero hablar de disfunciones neurológicas —dijo—. A veces tienen el mismo efecto positivo que puede tener el dolor: hacen a quien las sufre más lúcido, más consciente de sí mismo. Podría decirse que no difuminan la identidad, sino que la refuerzan, aunque, como el dolor, también pueden tener un efecto destructivo y anular a quien las padece.»

De aquel encuentro salió una entrevista de la que me sentí satisfecho, aunque el grabador no grabara y hubiera que echar mano de las notas. También a Álex debió de

gustarle, porque me dedicó uno de los comentarios más elogiosos que le he escuchado: «Está bien, pero falta texto». Eso mismo suele decirme Anik, mi editora, culpable de que tengan este artefacto de papel en las manos: «Es corto, hacen falta más páginas». Hay otra pregunta que ambos me repiten: «¿Aún no has terminado?». Los dos me tratan mejor de lo que merezco, pero en ocasiones sospecho que disfrutaban con un punto de crueldad cuando me encargan textos largos: a mí, que habría querido ser epigramista, o redactor de versitos para las galletas chinas, que me canso en el tercer párrafo y pierdo el hilo hacia la mitad del segundo folio. Algunos definen al que sospecha conspiraciones y persecuciones contra su persona con el término «paranoico». Yo, como Woody Allen, prefiero utilizar el término «perspicaz».

Todo el mundo está más o menos loco. George, sin ir más lejos, sufría una curiosa perturbación que le hacía incapaz de ver las cosas que vemos usted y yo y le permitía, en cambio, ver lo que para nosotros resulta invisible. Nosotros nos situamos en un lugar tan inocuo como el cruce de la Sexta, llamada de las Américas, con la zigzagueante Calle 4, y vemos cafés, tiendas de anabolizantes y de *souvenirs*, hamburgueserías, andamios y gente que va y viene. Lo normal en la zona baja de Manhattan. Él veía una tienda de armas ilegales, dos coches de la policía, un agente de paisano y un par de camellos. Lo curioso es que todo eso estaba, y supongo que sigue estando, en ese cruce. La armería clandestina se encontraba en un piso y sólo abría la puerta a personas conocidas por el dueño. Un revólver del 44, limado y «limpio», no identificable, costaba 200 dólares, lo mismo que uno nuevo y legal, con la ventaja de que no había que dar nombres ni mostrar documentos. En Nueva York, a diferencia de otros Estados del país, la venta de armas no es totalmente libre. Lo más barato que vendían era una pistola a 40 dólares. No creo que matara mucho.

Este tipo de establecimiento «reservado» es bastante frecuente en Manhattan. Un día descubrí, porque salía en la prensa, que en la 57 con la Séptima, justo al lado de la oficina, en un edificio de aspecto irreprochable y en una zona de tiendas caras y despachos nobles, había una especie de supermercado de sustancias tóxicas. Subías al piso en cuestión, te identificabas y podías comprar cualquier tipo de droga.

Rudolph Giuliani, en su campaña electoral para ganar la alcaldía de Nueva York, intentó demostrar que la ciudad era un infierno de drogadicción y, disfrazado con chaqueta de cuero y gafas oscuras y seguido por un grupito de periodistas, compró cinco dosis de cocaína en cinco esquinas distintas. Los titulares del día siguiente fueron tremendos: la «manzana podrida» y demás. Habrían sido distintos si los reporteros hubieran sabido, como se supo años después, que cuatro de las cinco papelinas adquiridas contenían talco, y que sólo con mucha generosidad se podía catalogar como cocaína lo que, mezclado con yeso y anfetamina, contenía la quinta. Volveremos más adelante al singular Giuliani, creador de la Nueva York

contemporánea.

Conocí a George una tarde de invierno en Washington Square. Estaba sentado a una mesa de ajedrez y jugamos una partida. Era un negro jamaicano, lo cual le hacía despreciar a los «pobres negros americanos», triturados, según decía, por un sistema educativo que los convertía en poco más que bestias. Él, en cambio, se proclamaba con orgullo un producto de las excelentes escuelas británicas de Jamaica. Eso conviene saberlo: los jamaicanos neoyorquinos se sienten superiores a la otra gente de raza negra, aristócratas entre palurdos.

George leía los periódicos, era relativamente culto y pasaba horas conectando unas informaciones con otras, hasta urdir formidables teorías conspirativas. Según él, todo lo que pasaba en el mundo tenía como única finalidad mantener a los negros bajo la opresión blanco-judía. Todo. Las guerras, los atentados, las crisis financieras y hasta las competiciones deportivas formaban parte del plan antinegro. A veces, después de la cuarta cerveza, resultaba convincente.

Nunca había tenido un empleo que se situara de este lado de la ley. Trapicheaba con marihuana, ejercía como intermediario en operaciones más o menos turbias, inventaba productos ya inventados y ejercía ocasionalmente como empresario de aventuras disparatadas. Vivía en Brooklyn y se desplazaba diariamente al sur de Manhattan para «trabajar» en alguno de los bares donde plantaba la «oficina». En cierta forma, tenía algo de aristócrata. Y callejeaba como nadie. Sospecho que Lola le interesaba un poco más que yo. Nos hicimos bastante amigos.

Lo último que supe de él fue que había montado un negocio de apuestas hípcas en Internet, obviamente ilegal. Cuando me fui de la ciudad estaba en la cárcel. Su hermana me dijo que no me preocupara, que George tenía grandes planes para el futuro.

Nueva York pasa por ser una ciudad violenta. Llegó a serlo mucho en los ochenta, cuando el *crack*, una forma de cocaína cristalizada, invadió las calles. Hubo otros dos factores que dispararon el crimen. Uno, una política bienintencionada pero errónea encaminada a la integración social de los enfermos mentales. Bajo el lema «Los enfermos mentales son buenos vecinos» se optó por no encerrar en hospitales a las personas perturbadas que, en principio, no parecieran entrañar peligro para sí mismas o los demás. Esas personas, sin embargo, podían hacer cosas muy raras si dejaban de tomar la medicación. Cosas como sacar un arma y tirotear a unos cuantos prójimos, o empujar a alguien a la vía del metro. Entre 1990 y 1997 hubo una media de treinta y cuatro incidentes anuales de ese tipo, muertes causadas por perturbados; antes, la media era de veintitrés por año. Otro, la crisis económica que, como a finales de los setenta, afligió a los neoyorquinos desde 1990, hacia la mitad del primer mandato del presidente George Bush.

En 1987, el primer año marcado por el *crack*, empezaron a dispararse las cifras de homicidios. En 1990 se contaron en la ciudad 2.300 muertes violentas. Una media de seis por día. Aquello era demasiado incluso para la capital del mundo. La gente tenía miedo y abandonaba Nueva York para instalarse en Nueva Jersey (oficialmente reconocido como el Estado más feo de la Unión) o en las comunidades emergentes del sur o del oeste del país.

Y en esto llegó Rudolph Giuliani, el hombre que salvó Nueva York dos veces. La biografía de Giuliani, como su personalidad, contiene elementos muy desagradables o francamente ridículos. Como ocurría con Winston Churchill, en circunstancias normales constituye un peligro público. Pero, también como Winston Churchill, posee una voluntad extraordinaria y da la talla en los momentos críticos.

La familia Giuliani llegó a Nueva York desde la Toscana italiana a finales del siglo XIX. El padre de *Rudy*, Harold, fue un hombre muy desafortunado. Disfrutaba de todas las condiciones físicas y mentales necesarias para convertirse en un gran boxeador. Para su mal, también tenía muchas dioptrías en cada ojo. No podía subir con gafas al cuadrilátero, ni podía boxear a ciegas, por lo que abandonó el pugilismo y probó suerte con la delincuencia. Le detuvieron el día de su primer atraco y le cayeron casi dos años en Sing-Sing. Después de cumplir condena se dedicó a trabajar como matón para prestamistas mafiosos.

*Rudy* nació en Brooklyn, barrio donde el béisbol y la devoción por los Dodgers

constituían dos partes de una misma religión, el 28 de mayo de 1944. De inmediato se hizo fanático de los Yankees, lo que da una idea de su peculiaridad. Estudió gracias a la ayuda económica de varios familiares (entre ellos un cargo medio de la mafia local) y se licenció en Derecho. En 1968 ingresó en el Departamento de Justicia de su entonces admirado Bobby Kennedy, se casó con su prima Regina Peruggi y en cinco años alcanzó la jefatura de la Unidad de Narcóticos. Bajo la presidencia de Ronald Reagan se convirtió oportunamente al republicanismo y recibió el encargo de resolver la crisis de la inmigración haitiana, provocada por la represión del régimen de Jean Claude *Baby Doc* Duvalier. Creó campos de concentración para los haitianos, donde las familias eran sistemáticamente separadas. Los hombres de un lado, las mujeres de otro. «Si dejáramos a los hombres con las mujeres, todas serían violadas», dijo.

A Reagan le gustó aquel tipo duro, carca y racista y le ofreció la fiscalía del Distrito Sur de Manhattan: el puerto, el mercado, el Lower East y Wall Street. O sea, mafia, droga y crimen de cuello blanco. Giuliani, que por entonces había anulado, alegando consanguinidad, su matrimonio con Regina Peruggi («un italiano —dijo a un amigo—, no puede llegar a la Casa Blanca si no es un buen católico, y un buen católico no se divorcia»), se casó con una periodista californiana y se empeñó en convertirse en un nuevo Elliot Ness. Sus cruzadas contra la Mafia, primero, y contra los crímenes financieros, después, resultaron espectacularmente jaleadas por la prensa y agradecidas por el público. Giuliani fue quien acabó con las familias Genovese y Colombo y quien puso las esposas al especulador Ivan Boesky, que inspiró el personaje Gordon Gecko en la película *Wall Street*, de Oliver Stone.

Rudy Giuliani dimitió como fiscal en enero de 1989 («Buenas noticias para los malos», tituló el sensacionalista *New York Post*) y anunció que aspiraba a la alcaldía. En los meses siguientes demostró ser un candidato patético. Los niños lloraban cuando les acariciaba, se equivocaba en los discursos y abroncaba a los viandantes cuando visitaba los mercados. El candidato demócrata, David Dinkins, sin otras virtudes que las de ser negro y buena persona, le derrotó por 44.000 votos.

El tiempo de Dinkins fue el peor que recuerda Nueva York. Fue la era del *crack*, la era de la «manzana podrida».

En 1992, Giuliani se lanzó de nuevo a la campaña electoral. Esta vez sin niños ni sonrisas. El 16 de septiembre de 1992 protagonizó un hecho vergonzoso. Convocó a 10.000 policías, que le adoraban desde su época de fiscal, frente a la puerta del Ayuntamiento y lanzó un discurso incendiario ante las mismas narices del alcalde Dinkins. Las pancartas eran racistas e infames: «Echad al chico de los lavabos», «Alcalde, ¿has abrazado hoy a tu camello?». Al final del acto, grupos de policías protagonizaron actos vandálicos y agredieron a una periodista negra.

El candidato que prometía ley, orden y mano dura ganó en 1993. Y cumplió sus

promesas. Su política de «tolerancia cero» envió a la cárcel a cualquiera que hiciera una pintada, o fumara un porro, o meara en el metro. Llenó las prisiones, contrató a 2.400 nuevos agentes de policía, les dio carta blanca (deben recordarse siempre los casos de Abner Louima, un haitiano que sufrió una perforación intestinal cuando le sodomizaron con una escoba en una comisaría, y de Amadou Diallo, cosido a balazos, 17 impactos de un total de 47 disparos, porque su gesto al ir a sacar la cartera para mostrar la documentación pareció «sospechoso» a un grupo de policías) y purgó la administración de «liberales».

Giuliani amparó cientos de abusos. Pero la ciudad cambió. En 1993, las muertes violentas estaban por encima de las 2.000 al año. En 1997 habían bajado a su nivel actual, en torno a las 500. La gente empezó a repoblar el centro urbano. Times Square dejó de ser un lugar fascinante, pero sórdido y peligroso, y se convirtió en un cruce agobiado por las marquesinas publicitarias, pero limpio y seguro. Subieron los precios de los apartamentos. Aumentó el turismo. Fue una espectacular resurrección.

Nueva York ha quedado muy lejos de su momento de decadencia. Será, por mucho tiempo, la ciudad que hizo Giuliani, menos salvaje y más segura. Uno puede ir tranquilo por la calle. Salvo que tenga el alma y el oído sensibles: el nivel de violencia verbal es elevadísimo.

Rudy Giuliani era ya un alcalde saliente, empeñado en una lucha personal contra un cáncer de próstata y envuelto en un divorcio de ribetes vodevilesco, el 11 de septiembre de 2001. En unas horas de horror y de vacío de autoridad, con el presidente oculto y todas las incertezas en el aire, Nueva York, Estados Unidos y el mundo vieron que por las calles cercanas al World Trade Center caminaba a paso ligero un tipo calvo y cubierto de polvo, que gritaba órdenes por un megáfono. Era Rudy y estaba al mando.

Lo que ocurrió aquel día fue un horror inolvidable. En su momento, creo, se fue un poco lejos con los superlativos (en materia de horrores, Auschwitz sigue siendo el límite de la escala y cualquier otra cosa, incluyendo los hongos atómicos, queda por debajo), pero las imágenes del 11 de septiembre, servidas en directo y a domicilio por televisión, marcaron nuestra época. Desde el punto de vista del oficio, la noticia revestía una envergadura brutal y, por la vía de la paradoja, me convenció de que la prensa, la escrita al menos, no tiene como fin último el de informar, sino el de tranquilizar. Una vez vistos los impactos de los aviones, vistas las víctimas arrojándose al vacío, vistas las torres desplomándose, al día siguiente aparecieron los periódicos con su tamaño de siempre y sus páginas de siempre, estableciendo jerarquías en la barbaridad y clasificándola en artículos grandes, medianos o pequeños, para que los lectores de siempre comprobaran que, pese a los titulares gigantescos en portada, el proceso digestivo de la humanidad funcionaba como

siempre.

Ignoro si el 12 de septiembre quedaba todavía alguien que no se hubiera enterado de lo ocurrido la víspera. Los periódicos, en cualquier caso, deben escribirse pensando en un marciano que acaba de llegar a la Tierra y carece de antecedentes sobre la actualidad. Hubo que hacer una entradilla, ese encabezamiento destacado sobre los textos, y me tocó a mí. Me costaba meter en diez líneas los aviones, las torres, los muertos, la reacción de Bush, la consternación. Para tomar un poco de perspectiva, escribí una entradilla sobre el fin del mundo, una noticia que, de producirse, difícilmente llegaría a los quioscos. No recuerdo qué chorradas pondría, pero después de hacerla lo otro pareció bastante más asumible.

Había viajado de Nueva York a Washington en tren esa misma mañana. Estaba llegando a la oficina del National Press Building, cerca de la Casa Blanca, cuando me avisaron desde Madrid que un avión se había estrellado contra el World Trade Center. Viví los atentados en Washington. De forma directa o indirecta comprobé que los amigos y colegas de Nueva York estaban enteros; contaban la movilización de la gente, la solidaridad, la reacción portentosa de la ciudad. Yo, desde mi ventana, asistí al fenomenal atasco formado por los vehículos que, tras el impacto en el Pentágono y los rumores sobre otro avión en vuelo hacia la capital (el derribado sobre Pensilvania), huían hacia donde fuera. El ejército montó barricadas de sacos terreros en torno a la Casa Blanca y el Capitolio, sacaron tanques a la calle, y al anochecer la ciudad estaba vacía. La gente de Nueva York me pareció más valerosa y entera que la de Washington. Quizá mi impresión fuera errónea.

Encontré a George en Nueva York muy poco después. Nos quedamos un rato mirando el vacío de las torres y paseando por un barrio fantasmagórico, envuelto todavía en una neblina de polvo y ceniza de cadáver que se pegaba a las mucosas. Sobre todo a la garganta. No llevábamos mascarillas y respirábamos (yo, seguro; creo que él también) con todo el respeto que requería aquella comunión literal con los muertos.

George ya había puesto a punto toda su teoría sobre quién había organizado aquel espanto. No daré detalles, era el habitual disparate antijudío adornado con el indefectible capitel de la guerra perenne entre blancos y negros. Le pregunté a mi amigo por Giuliani, un tipo al que sabía que odiaba. Dijo muy poco: «*He's a new yorker, man, you know what I'm saying?*». Con eso bastaba. Hasta George, aquellos días, consideraba que Giuliani era un tipo de una pieza. Un neoyorquino de verdad.

Lola llegó en diciembre, mientras yo andaba por Florida ocupado con la pintoresca historia del fraude electoral que dio la presidencia a George W. Bush. Nevaba y Lola pasó la primera semana casi encerrada en casa, aventurándose muy poco a poco por aquellas calles ventosas, hostiles y resbaladizas. La nieve de Nueva York atemoriza cuando uno no está asentado en la ciudad. Con el tiempo resulta un placer sentarse frente a la ventana en un edificio alto y mirar el baile de los copos agitados por el viento, o pasear por un Central Park blanco y silencioso.

Al principio, en cualquier caso, la nieve amedrenta. También había nieve y hacía mucho frío en mi primera visita, veinte años atrás. Alquilé una habitación en un hotelito infame próximo a Times Square (y piadosamente demolido durante la «regeneración» de aquella encrucijada) y el recepcionista me exhortó a cerrar siempre todos los cerrojos de la puerta. Eran seis. Por desgracia, algún cliente anterior (o alguien que asesinó a un cliente anterior) pegó un patadón a la puerta y abrió un boquete, someramente cubierto con cartones por el servicio de mantenimiento. El servicio de mantenimiento era un señor muy abrigado que mataba el tiempo fumando en recepción y asomándose a la calle para quejarse del frío.

Durante aquella estancia aprendí dos cosas: en invierno no conviene tocar el botón del ascensor con el dedo desnudo, porque la electricidad estática de la calefacción produce un calambrazo tremendo, y en ningún momento hay que soltar las bolsas de la compra. Me explico. Una tarde adquirí algunos víveres (whisky, cerveza, leche, chocolate y otros productos de primera necesidad) y regresaba al hotel de las miserias, creo recordar que por la Octava en dirección sur, con una bolsa de plástico en cada mano. De pronto doblaron la esquina dos policías con la pistola en la mano y corrieron hacia mí, apuntándome y gritando que me detuviera y alzara los brazos. ¿Qué hacer? A mí se me ocurrió lo obvio: frené en seco, levanté los brazos y dejé caer las bolsas. Los policías llegaron hasta mí, me empujaron a un lado (yo, quieto y con los brazos en cruz, ocupaba casi toda la acera), pasaron de largo y siguieron persiguiendo a un tipo que corría a unos cien metros de distancia. Bajé los brazos con disimulo, como si me desperezara, recogí los cristales rotos, lo tiré todo a una papelería y procuré taparme la cara con la bufanda, porque se me había congelado el pasmo.

Vista la hostilidad del hotel y de la calle, acabé pasando buena parte del tiempo en Grand Central, una estación que no era entonces tan hermosa como ahora pero



ofrecía calor y espectáculo gratis. La estación vivió una triste decadencia y estuvo a punto de ser demolida. Sólo se salvó gracias a una campaña encabezada por personajes como Jacqueline Bouvier, la viuda de John Fitzgerald Kennedy. Hay en Estados Unidos otras estaciones de principios del siglo xx tan fastuosas como Grand Central, la de Washington DC por ejemplo, pero carecen del zumbido vital neoyorquino. Y carecen del Oyster Bar, un sitio estupendo y carísimo, enterrado desde 1913 en el subsuelo de la estación bajo unas bóvedas muy bajas de apariencia románica. Yo no pude permitirme las ostras la primera vez y me limité a pedir «una cerveza pequeña». Me desquité años más tarde.

La barra del Oyster Bar es un gran sitio. Hacia febrero o marzo llegan los primeros *soft shell crabs*, cangrejos capturados inmediatamente después de mudar el caparazón y, por tanto, desnudos del todo: son uno de los vicios de la Costa Este. Hace todavía el frío apropiado para comenzar con una *clam chowder*, el potaje de Nueva Inglaterra, pero los cangrejos blandos anuncian la primavera.

Gran Central Terminal corta Park Avenue y la divide en sur y norte. En el lado norte no hay gran cosa, salvo oficinas, apartamentos de lujo y una perspectiva que para mí resume Nueva York: la del rascacielos MetLife, antes Pan Am, encaramado sobre la estación y los túneles para el tráfico. El lado sur de Park Avenue, hasta Union Square, está lleno de comercios y restaurantes. En uno de ellos, Les Halles, trabajaba Tony Bourdain, uno de los tipos más singulares y de los más expertos en rincones insólitos de la ciudad.

Le conocí porque había escrito un libro llamado *Confesiones de un chef* en el que describía la terrorífica parte invisible de la restauración neoyorquina: unas cocinas lóbregas pobladas por jóvenes politoxicómanos mugrientos, mal afeitados y armados con cuchillos de dos palmos. Telefoneé a Bourdain y me citó muy cerca de mi oficina, en un viejo bar de la Séptima, entre las Calles 57 y 58, que fue un *speakesasy* (salón para borracheras clandestinas) durante la Prohibición y en el que desde entonces los sucesivos propietarios apenas habían cambiado alguna bombilla y, ocasionalmente, el papel higiénico. Como otros vencedores sobre la adicción a la heroína, Bourdain no escatimaba en vicios menores y fumaba y bebía como un cosaco. Charlamos, tomé mis notas y vaciamos unas cuantas jarras de cerveza. Nos despedíamos ya cuando me comentó que podíamos volver a vernos cualquier madrugada en el Siberia. ¿Siberia? El bar en cuestión resultó ser un hueco en la estación de metro de la Calle 50, línea roja, al que acudían todas las noches decenas de cocineros para descargar tensión o, en palabras más llanas, para emborracharse y volver a casa a las tantas. Los cocineros tienen un trabajo duro, físico y agobiante, con horarios incómodos y difícilmente compatibles con los del resto de la humanidad (el sábado por la noche, cuando la gente sale por ahí o se desploma en el sofá, ellos están ocupados en los fogones), y tienden a desarrollar su propia dimensión espacio-

temporal.

Nueva York es la capital mundial de los cocineros. Ninguna otra ciudad dispone de tantos. Pasee por cualquier calle y vaya contando restaurantes: no se acaban nunca.

Por supuesto, reencontré a Tony Bourdain en el Siberia. Era un hueco en sentido estricto, un espacio que se abría a la derecha de las escaleras, oscuro y mal ventilado, espantoso desde cualquier punto de vista menos, quizás, el de un cocinero ebrio. Fui al Siberia una sola vez. Sufrí un ataque de claustrofobia, pero lo pasé bastante bien. Difícil de explicar. El establecimiento fue piadosamente clausurado meses más tarde.

Bourdain es hoy una celebridad neoyorquina. Ha publicado varios libros, ha hecho televisión, ha roto varios corazones. La lectura de su *Confesiones de un chef* sigue siendo recomendable para quien desee conocer una de las caras ocultas de la ciudad, la que comienza detrás de la puerta de la cocina. Los cocineros suelen preferir, cuando salen de jarana, los restaurantes sinceros: buenos ingredientes preparados de forma elemental. ¿Los comedores de Nueva York que más frecuentan? El Blue Ribbon de Sullivan Street y el Veritas de la Calle 20.

Andábamos por Park Avenue antes de toparnos con Tony Bourdain y asomarnos a la cocina. Yendo en dirección noreste, hasta la Tercera con la 55, se llega al último vestigio de cuando esa zona de la Tercera Avenida era un barrio de obreros irlandeses. El “el”, el metro elevado, separaba dos líneas de casas bajas, de tres o cuatro pisos, con bares de mala fama, negocios de empeños, ferreterías y tiendas de comestibles en la planta baja. De por entonces, 1864 o 1868 (los estudiosos no se ponen de acuerdo), es el P. J. Clarke's, considerado el *saloon* más antiguo de Nueva York.

El barrio vivió un boom inmobiliario después de la Segunda Guerra Mundial, gracias a la construcción de la sede de la ONU y a la noticia de que el «el» iba a hacerse subterráneo. Todo cambió, menos P. J. Clarke's. En los años setenta pareció llegar el fin, porque la poderosa inmobiliaria Tishman Company adquirió todos los edificios de la manzana (menos el número 915, el de P. J. Clarke's) para construir un rascacielos, el primero de una larga serie en la Tercera. Los dueños del bar se resistieron a vender, asistidos por una curiosa coalición de conservacionistas urbanos y dipsómanos irredentos, y tras varios años de pleitos se salieron con la suya. El rascacielos fue erigido unos metros más atrás de lo proyectado para respetar el viejo edificio de cuatro plantas, una casa cuadrada hecha en el estilo que los americanos llaman, por razones ignotas, «italiano», y P. J. Clarke's se salvó.

Los cinéfilos pueden sentir el aguijónazo del *déjà-vu* al abrir la puerta, porque P. J. Clarke's fue el Nat's Bar de *Días sin huella* (The Lost Weekend), la gran película de Billy Wilder protagonizada por Ray Milland. La barra es la misma. El suelo y la decoración también. Siguen ahí los gigantescos urinarios masculinos, del tamaño de sarcófagos, y el saloncito del fondo. Ahora hay un segundo piso consagrado a la

hamburguesa y la patata frita, repintan los muros con alguna regularidad y sólo derraman serrín sobre el piso cuando llueve: hay que adaptarse a los tiempos.

Ya que hablamos de grandes monumentos de la antigüedad, vale la pena una referencia a un tipo de institución estrictamente neoyorquina: el «deli» (por *delikatessen*), un comercio creado por y para los judíos de procedencia centroeuropea. El bagel, el pastrami, el *corned beef*, la crema agria y los pepinillos forman parte de la esencia de la ciudad. En materia de delis existen varias escuelas. Los modernos y los que van sobrados de dinero consideran insuperable el Sturgeon King de Amsterdam Avenue. Los clásicos y los que se divirtieron con una película llamada *Cuando Harry encontró a Sally* (la escena del orgasmo fingido se filmó allí) van al Katz de East Houston, establecido en 1888 y muy recomendable. Quienes poseen un saque imbatible se atreven con un sándwich Woody Allen en el Carnegie Deli de la Séptima con la 57, el local donde se reunían los viejos agentes teatrales de *Broadway Danny Rose*. El Woody Allen es una doble montaña de pastrami y de *corned beef* montada sobre cimientos de pan. Está muy bueno, pero no conozco a nadie que haya logrado acabárselo.

Entre las neoyorquinidades esenciales destaca, por supuesto, el *hot dog*. Un señor muy pesado de nombre Ralph Nader, que tiene la manía de presentarse como candidato ecologista a todas las elecciones presidenciales, se hizo un nombre en los años sesenta denunciando las porquerías con que se fabricaban los hot dogs. Dudo que los ingredientes hayan mejorado mucho desde entonces. Y, sin embargo, hay pocas cosas tan placenteramente efímeras como un hot dog de la acreditada marca Nathan's, aderezado con mostaza y quizá cebolla (soy contrario al ketchup en todas sus manifestaciones) y engullido a toda prisa en cualquier esquina.

Había empezado hablando de la nieve de Nueva York, blanquísima cuando cae, gris en cuanto toca el suelo. Quería decir solamente que era sobrecogedor ver nevar desde la azotea del World Trade Center. Ya no es posible contemplar ese espectáculo. Se puede probar con cualquier otro rascacielos. También es bonito, aunque no sea lo mismo.

Los forasteros en Nueva York somos reconocibles porque vamos por la calle mirando hacia el cielo con la boca abierta. A algunos se les pasa en unos días. Otros llevamos la nuca encajada entre los omóplatos durante meses. Soy de los que se emboban con los rascacielos, quizá porque me producen vértigo, o porque son las catedrales contemporáneas y están para eso, para embobar a gente como yo.

No existen razones económicas o urbanísticas que justifiquen la existencia de torres altísimas; cuando las hay, son marginales o sobrevenidas. Hubo rascacielos en cuanto la técnica permitió construirlos y el invento del ascensor llegó a ser lo bastante seguro como para resolver el acceso a los pisos elevados: se hicieron porque al fin pudieron hacerse. Los primeros rascacielos fueron creados para impresionar, para demostrar el poderío de una empresa o de un magnate y para atraer clientes con la singularidad del edificio. Las cosas funcionan más o menos igual hoy día.

Cuando ya hay muchos rascacielos en una zona, como en el centro de Manhattan, siguen construyéndose aunque no resulten especialmente altos ni interesantes y nadie se entere de su existencia, porque cualquier cosa inferior a cien metros parecería la caseta del perro. Hay también, ahora, argumentos de tipo económico y jurídico para construir edificios muy altos, pero no están directamente relacionados con el precio de los solares. En Nueva York, una cosa es la propiedad del suelo y otra la propiedad del aire, y muchas veces pertenecen a gente distinta. El aire, es decir, el derecho de edificación sobre un solar a partir de cierta altura, puede ser tan caro o más que la tierra. Una vez se dispone de aire y tierra, hay que negociar con las autoridades una enorme cantidad de licencias. Cuando el promotor concluye este proceso, que aquí simplificamos porque tampoco se trata de hacer un master en urbanismo, sólo resulta rentable una mole con un montón de pisos. Pero porque el montaje es así, no porque la escasez de espacio resulte angustiosa.

Un ejemplo de por qué se construyen rascacielos es el Flatiron, en la Quinta con la 23, uno de los primeros (1902) y más célebres. Flatiron, «plancha», es el nombre popular que ha acabado adoptando; al principio se llamaba Fuller Building y alojaba en los primeros pisos la compañía constructora George A. Fuller. Uno lo mira y piensa: pobre arquitecto, tener que aprovechar ese solar tan raro. En realidad, la parcela fue lo que interesó a los Fuller y al arquitecto, Daniel Burnham. Porque estaba en muy buen sitio, justo enfrente del Madison Square Garden original (un nudo de bares y teatros), y sobre todo, porque era triangular. La constructora quería

atraer como inquilinos a los financieros de Wall Street, pero era difícil sacarlos de su barrio. Hacía falta algo especial, un edificio tan singular que constituyera un reclamo. El resultado, de 87 metros de altura, fue magnífico: un frontal afilado, una parte trasera inspirada en la arquitectura renacentista y adornada con perfiles barrocos (como las catedrales, los rascacielos sin gárgolas y esculturas simbólicas no son nada), un revestimiento de terracota que envejeció bien y unos interiores menos insensatos de lo que sugiere el exterior.

Aunque los tipos de Wall Street se quedaron donde estaban, los desocupados de Manhattan ganaron un lugar de encuentro: en la base de la afilada «proa» del Flatiron confluyen varias corrientes de aire, y muy pronto corrió la voz de que el viento levantaba las faldas de las damas cuando pasaban por delante de la «quilla», en la Calle 23. Durante años hubo policías apostados en el lugar para ahuyentar a los mirones, al grito de «23 skidoo», «23» por la calle y «skidoo» porque era una expresión de la época que venía a significar «lárgate». La frase se hizo popular, y sigue utilizándose.

Poco después del Flatiron crecieron otros dos rascacielos magníficos. En 1906, Edward Clarke, presidente de la compañía de máquinas de coser Singer y amante de los edificios insólitos (en 1880 le había encargado su casa al arquitecto Henry Hardenbergh, el mismo del Hotel Plaza, y tuvo lo que quería: una casa espectacular y muy rara hoy conocida como edificio Dakota, el de *La semilla del diablo* y el asesinato de John Lennon), decidió darle a la empresa Singer el lustre que merecía y encargó a Ernest Flagg que construyera el rascacielos más alto del mundo para la sede central. Flagg no sólo levantó una elegante torre de 204 metros (su proyecto inicial rebasaba apenas los cien, pero Clarke le dijo que ni hablar, que lo interesante era la altura): estableció además los cánones urbanísticos que rigieron durante muchas décadas en Nueva York. Según Flagg, los pisos bajos del edificio podían ocupar todo el solar, pero la torre debía limitarse a un cuarto del espacio disponible, por razones de iluminación y aireación urbana. El Ayuntamiento, con buen sentido, le hizo caso.

El Singer Building tuvo un mal final. Fue demolido en 1968 y sustituido por el llamado One Liberty Plaza, una cosa muy fea y mucho más grande, a la que me tocaba ir con relativa frecuencia para visitar a gente de Merrill Lynch.

El Woolworth, en cambio, sobrevive. Afortunadamente. Quien quiera constatar la relación entre los rascacielos y las catedrales, no tiene más que contemplar las agujas neogóticas que lo coronan o visitar el vestíbulo, cruciforme, con vidrieras tintadas de estilo paleocristiano y una galería de bajorrelieves que, como en las grandes iglesias medievales, representan a varios responsables de la obra: el ingeniero que diseñó la estructura (Aus), el banquero que prestó el dinero (Pierson), el encargado de alquilar

las oficinas (Hogan). En lugar de santos, hay murales con alegorías del comercio. El Woolworth Building es una obra de arte.

Como el Chrysler, la otra maravilla. Uno de los edificios más bellos del mundo. Qué cúpula extraordinaria. A mí me espanta un poco y a veces sueño con ella, porque una vez Alfonso Armada, viejo amigo y corresponsal del diario *ABC*, me invitó a cenar a su casa de Park Avenue South y me enseñó el balcón: la cumbre del Chrysler estaba cerquísima, imponente, como suspendida en el cielo; yo me sentí también suspendido en el cielo y sufrí un ataque de vértigo.

Esa cúpula fue un sensacional golpe publicitario. Cuando el magnate automovilístico Walter Chrysler encargó el edificio al arquitecto William van Allen, en 1929, pensaba en una torre de 56 pisos, uno más que el Lincoln Building, que se construía en la Calle 42. Eso era suficiente para que el Chrysler fuera el edificio habitable más alto del mundo. Con la estructura ya terminada, el fabricante de coches descubrió que la sede del Banco de Manhattan, otro proyecto en marcha, iba a ser coronada con una pirámide y un mástil para rebasar en 60 centímetros al Chrysler. La carrera por la altura era frenética, justo en el momento en que el hundimiento de la Bolsa de Wall Street abría un abismo bajo la economía mundial. Chrysler tuvo una intuición brillante: había que hacer algo grande para coronar el edificio, algo que fuera excepcional y que no sólo quedara por encima del Banco de Manhattan, sino de la torre Eiffel. Había que hacerlo, además, en secreto.

El arquitecto Van Allen redecoró el exterior del rascacielos con motivos automovilísticos de estilo art-déco y preparó el golpe que le pedía Chrysler: ideó un remate de acero inoxidable en forma de lanza, inspirado en la parrilla del radiador de un coche, y empezó a construirlo, en secreto, dentro del propio edificio. Llegado el momento, en noviembre de 1929, la cúpula fue alzada desde el interior e instalada, a la vista de los neoyorquinos, en menos de dos horas. Un golpe maestro. El Banco de Manhattan quedó burlado y empequeñecido.

El golpe de efecto del Chrysler duró poco, sólo dos años. Lo que tardó otro magnate del automóvil, John Raskob, fundador de General Motors, en terminar su rascacielos. Raskob se asoció en 1920 con una familia multimillonaria, los Du Pont, y con Ellis Pearl, de la sociedad inmobiliaria Empire State, para comprar por 20 millones de dólares el viejo Waldorf-Astoria, derribarlo y ponerse a excavar. Los cimientos estuvieron listos en 13 meses y medio. El edificio tardó casi una década en alzarse. Paradójicamente, la crisis de 1929 y la consiguiente deflación hicieron que el rascacielos, al margen del solar y los cimientos, costara sólo 24.000 dólares. El solar y los cimientos, antes de la depresión, salieron por 41 millones de dólares. El Empire State fue un negocio ruinoso, pero disfrutó de los honores propios de su altura y singularidad (102 pisos y 6.500 ventanas) y fue inaugurado por el presidente Herbert Hoover, que el 1º de mayo de 1931 apretó un botoncito en la Casa Blanca y encendió

todas las luces del rascacielos. Eran tiempos siniestros. Groucho Marx contaba en Broadway un chiste sobre la Gran Depresión: «No entiendo de economía, pero sé que cuando los neoyorquinos alimentan a las palomas de Central Park, las cosas van bien; cuando las palomas de Central Park alimentan a los neoyorquinos, como ahora, las cosas van mal».

El Empire State se mantuvo durante 40 años como el rascacielos más alto del mundo y se convirtió en el símbolo de Nueva York. A mí me gusta mucho más el Chrysler, pero el Empire State, con sus iluminaciones conmemorativas, forma parte de la vida cotidiana.

También tiene una historia especialmente densa. Lo peor que le ha ocurrido fue el choque de un bombardero, un B-25 de diez toneladas, el sábado 28 de julio de 1945, recién terminada la guerra. El avión se dirigía a Newark y se perdió en la niebla. Cuando el piloto logró ver algo, descubrió que se encontraba en un bosque de rascacielos. Esquivó varios, pero no pudo evitar el Empire State. Intentó elevarse y se estrelló contra el piso 79, donde se alojaban las oficinas de ayuda a los combatientes de la Conferencia Nacional Católica. Once oficinistas y los tres tripulantes murieron carbonizados. El edificio resistió perfectamente.

La publicidad del Empire State siempre recuerda las célebres escenas de *King Kong* encaramado en la cúspide y las casi cien películas en las que, de una forma u otra, el edificio constituye un elemento central. Pero lo más divertido que han visto los neoyorquinos en el Empire State no sale en los folletos, pese a ser relativamente reciente.

Ocurrió en 1983, al cumplirse medio siglo de *King Kong*. Un californiano llamado Robert Keith Vicino, especializado en la fabricación de grandes artefactos hinchables, ofreció a los administradores del rascacielos un *King Kong* de plástico de 40 metros de altura: iba a costarle 100.000 dólares construirlo, pero los ponía de su bolsillo a cambio de salir en televisión. A los del Empire State, dijo, sólo les correspondía instalarlo en el tramo más alto. Genial. El gigantesco muñeco iba a permanecer 10 días instalado en la cúspide, tiempo suficiente para que la imagen diera la vuelta al mundo y reavivara la leyenda del edificio.

El 7 de abril, fecha inaugural del golpe publicitario, *King Kong* colgaba flácido: se le habían rasgado los sobacos y no había forma de hincharlo. Se mecía con el viento, eso sí, y en cada vaivén rompía unas cuantas ventanas. Los principales propietarios del Empire State, Harry y Leona Helmsley (él, magnate hotelero; ella, ex camarera, inminente viuda multimillonaria y persona de célebre perfidia), habían alquilado unas avionetas para dar más realismo a la recreación y no era cosa de dejarlas en tierra, así que varios aeroplanos estuvieron un rato girando en torno a la punta del rascacielos, de la que colgaba un bulto oscuro que se balanceaba de forma penosa. Reparar las brechas de *King Kong* llevó ocho días y 650.000 dólares, mucho

más de lo que costó la película. Por fin, el 14 de abril, la bestia se hinchó y por un momento dio el pego. Hasta que el viento volvió a rasgarla. La fiera de plástico recuperó la condición de guiñapo, y en tal condición fue descolgada y olvidada.



Vincent *Chin* Gigante ya no pasea por Mulberry Street. No llegué a verle: le condenaron a 10 años unos meses antes de instalarme en Nueva York. Pero solía imaginarle conmigo cuando callejeaba por lo que fue, y ya no es, Little Italy. Vincent, con su pijama, su bata azul y su gorrito, farfullando incoherencias y boxeando con su sombra, es una gran compañía para quien merodea por la zona donde tuvo su reino. El idiota más notorio del Village fue un asesino y cometió casi todos los delitos del código. Dirigía la familia Genovese, el clan mafioso más potente de Nueva York, y al mismo tiempo era el tonto del barrio, un esquizofrénico paranoide con visiones místicas que soportaba con paciencia las burlas de los turistas. Los locales, mejor informados, callaban a su paso con respeto.

La Pequeña Italia desapareció hace tiempo, devorada por la vecina Chinatown. Muchos de los restaurantes italianos, con sus rótulos verdes, blancos y rojos, sus canciones napolitanas o de Frank Sinatra y sus manteles a cuadros, son de propiedad china. Lo que no se quedaron los asiáticos se lo quedó la industria de la moda. Permanecen el esqueleto y una calle, Bleecker, que los italianos de Little Italy nunca reconocieron como suya. Si tuviera que elegir una sola calle de Nueva York, me quedaría con Bleecker.

Los italianos forman parte de Nueva York desde siempre. El primero llegó en 1635 y se llamaba, según los registros, Pietro Cesare (Peter Caesar en los documentos americanos) Alberti, procedía de Venecia y su ocupación oficial era la de artesano. Compró una finca en Brooklyn, en lo que hoy es Fort Greene Park, y se dedicó al cultivo de tabaco.

La italianidad, sin embargo, fue anecdótica hasta que a mediados del siglo XIX desembarcó la primera de las dos Italias neoyorquinas. Los vaivenes revolucionarios y contrarrevolucionarios del Risorgimento enviaron al exilio a profesores, abogados, artesanos cualificados, comerciantes y jóvenes universitarios, implicados en el elitista movimiento por la unificación nacional italiana. Se establecieron con el otro gran grupo católico neoyorquino, los irlandeses, en calles como Bleecker, generando rivalidades pero no rechazos violentos. La identidad irlandesa del barrio había sido reconocida por el propio papa Pío VII, que dedicó a san Patricio la iglesia de ladrillo rojo de Prince Street. Los nuevos inmigrantes, para no ser menos, construyeron una iglesia más grande, con un enorme rosetón seudogótico y salida a tres calles (Houston, Sullivan y Thompson), y la dedicaron a un santo propio, aunque nacido en

Portugal tan nórdico que llevaba el nombre de una ciudad de la Italia austríaca: san Antonio de Padua. Su primera ceremonia fue el bautizo, el 23 de marzo de 1866, de una niña irlandesa llamada Elizabeth Nelly, lo que da idea del buen entendimiento de ambas comunidades.

Nadie recuerda a Antonio Palmo. No aparece siquiera en el buscador de Google y, por tanto, se puede decir que su vida no dejó vestigio alguno. Para mí, encarnó los valores más puros de aquellos Padres Fundadores italoamericanos. Palmo, nacido en Nápoles, llegó muy joven y a los veintinueve años abrió un restaurante y una tienda de pasta en el 307 de Broadway. Trabajó furiosamente durante las dos décadas siguientes y a los cincuenta, ya rico, fundó un Gran Teatro de la Ópera, el primero de la ciudad, en Chambers Street. La temporada inaugural se abrió con *Los puritanos*, de Bellini, y se cerró con la ruina absoluta de Antonio Palmo, que lo perdió todo y se vio obligado a buscar empleo como cocinero.

Pero Palmo nunca lamentó el desastre. Cuando ahorraba lo suficiente, iba al gallinero de un nuevo Teatro de la Ópera, fundado por los riquísimos Astor cerca de lo que hoy es Astor Place, un paraje bastante desolado. Palmo murió en la miseria y su entierro fue sufragado por un grupo de melómanos.

La generación italoamericana de Antonio Palmo se había ganado el respeto de los demás neoyorquinos. El Regimiento 38 de Infantería de Nueva York fue conocido, durante la guerra civil, como Guardia de Garibaldi, y llevaba un estandarte con un lema de Giuseppe Mazzini, «*Dio e il popolo*». Un italiano, el general Luigi Palma di Cesnola, fue director del Metropolitan Museum. La prensa italoamericana, impregnada de los valores del Risorgimento, era culta, nacionalista y antiesclavista. Había menos de 15.000 habitantes con origen italiano en la Nueva York de mediados del XIX, pero se trataba de una minoría ilustrada e influyente.

Luego, entre 1880 y 1900, llegó otra Italia. En sólo una década, más de 300.000 jornaleros del sur irrumpieron en una ciudad cuya población no rebasaba en 1880 los 1,2 millones. Trajeron consigo una alegría a prueba de desgracias, instituciones como la mafia y el *padrone* (el traficante de seres humanos que les arreglaba el viaje y les esclavizaba, o casi, una vez llegados), y también el típico *campanilismo* italiano, es decir, el nacionalismo aldeano o de barrio, que tuvo un inmediato reflejo en el mapa urbano de Nueva York. El tramo norte de Mott Street y Mulberry Street fueron para los napolitanos; el tramo sur de Mott, para los calabreses, y Prince y Baxter, para los sicilianos. En 1890, según datos oficiales del Congreso, el 90 por ciento de los peones neoyorquinos hablaban italiano (o más probablemente un dialecto) y en Mulberry se celebraba ya, el 19 de septiembre, la festividad de San Genaro, patrón de Nápoles.

Vincent *Chin* Gigante nació el 29 de marzo de 1928 en una de estas familias napolitanas de Mulberry. Pertenece a la tercera generación y sus padres pudieron llevarlo a la escuela (en la que fue un buen alumno) y pagarle clases en un instituto de sastrería, pero a los dieciocho años Vincent decidió dedicarse al boxeo. Ganó 23 de 24 combates, aunque, dicen, le faltaba pegada y tenía la mandíbula de cristal. Algunos creen que fue por entonces cuando empezaron a llamarle *Chin*, «mentón», pero su madre lo había llamado *Chin* desde que le bautizó, por *Cinzino*, Vicentito. Fue en aquella época cuando empezó a ejercer como «loco», para librarse del servicio militar. Fue eximido «por conducta antisocial».

Ingresó como «soldado» en la familia Genovese y el gran «boss», Vito Genovese, Don Vito, le encargó inmediatamente una tarea tan delicada y peligrosa que sólo podía ser encomendada a un genio o a un idiota: el asesinato de Frank Costello, que ejercía como «segundo» de Don Vito y, a la vez, como «primer ministro» y mediador de todos los clanes mafiosos. Don Vito quería mandar en solitario como *capo di tutti i capi*.

Gigante se preparó a conciencia afinando su puntería en una galería de tiro clandestina y, llegado el momento, se comportó como un genio o un idiota: los historiadores de la Mafia no se ponen de acuerdo sobre ese punto. El caso es que se aproximó a Costello en el vestíbulo de un hotel y, a una distancia de apenas dos metros, le disparó en la cabeza con tanta habilidad, o tan poca, que sólo le rozó el cráneo. Costello captó el mensaje y desapareció de escena. Gigante, que se dejó detener, fue absuelto.

Vincenzo *Chin* Gigante se casó en 1950 con Olympia Grippa, con la que tuvo cinco hijos, y poco después, con gran sentido práctico, encontró a una amante también llamada Olympia, Olympia Esposito, con la que tuvo otros tres hijos. La mujer y la amante le duraron de por vida. Ascendió a capo en los setenta y a «consigliere» o «wise guy» en los ochenta, y a la muerte del «boss» Anthony Salerno fue elegido jefe de los Genovese.

Es frecuente escuchar que la Mafia neoyorquina no es lo que era, que han pasado los tiempos en que un Carlo Gambino podía controlar la construcción del aeropuerto John Fitzgerald Kennedy y controlar después su funcionamiento. Gambino, es cierto, podía permitirse robar en las aduanas del JFK un cargamento de relojes de lujo sin que nadie se atreviera a denunciarle. También es cierto, sin embargo, que un segundón como Peter Gotti, hermano del «don» John Gotti, fue condenado en fecha tan reciente como 1990 por cobrar dos dólares de comisión por cada cristal instalado o cambiado en cada ventana de cada una de las viviendas de protección social de la

ciudad. Cuando le pillaron, había sacado porcentaje a más de un millón de cristales. Parte del negocio de la Mafia está relacionado con el tráfico de drogas, pero las actividades «tradicionales» (construcción y obras públicas, recogida de basuras, estiba portuaria y mercados de alimentación) siguen generando dinero para el crimen organizado.

A Gigante no le gustaban los «boss» crueles y llamativos, como John Gotti, *el Elegante*. Gotti dirigía la familia Gambino, un clan poco propenso a las fidelidades eternas (el fundador, Vincent Mangano, fue asesinado por su segundo, Albert Anastasia, quien a su vez fue traicionado por su segundo, Cario Gambino) sobre el que había impuesto su autoridad por la vía tradicional, con el asesinato de Paul Castellano, el 16 de diciembre de 1985, a las puertas del steak house Sparks (el restaurante de chuletones favorito de Woody Allen, lo cual no tiene nada que ver).

Paul Castellano, *el Papa*, me cae simpático desde que leí algunas transcripciones de sus charlas domésticas. Sus teléfonos fueron intervenidos y en su casa se colocaron micrófonos ocultos por orden del fiscal de Nueva York Sur, el futuro alcalde Rudy Giuliani. Gracias a esa operación de Giuliani, Castellano proporcionó a la policía algunos de los diálogos más hilarantes de la historia del crimen organizado. Castellano se había enamorado de Gloria, una chica de la limpieza recién llegada de Colombia que no hablaba una palabra de inglés. Y El Papa, que no hablaba español, compró uno de los primeros programas informáticos de traducción automática para comunicarse con ella. Un puñado de frases cursis, en el español macarrónico e incomprensible generado por un ordenador, y pronunciadas con un cerrado acento neoyorquino, fue casi todo lo que Giuliani obtuvo contra Castellano.

Gigante encargó el asesinato de Gotti, al que los demás jefes consideraban un peligro para el colectivo por su exhibicionismo y su crueldad innecesaria, pero falló. El carácter de *El Elegante* John Gotti se puso en evidencia en 1980, cuando su segundo hijo, Frank, de 12 años, murió atropellado mientras paseaba en bicicleta. La policía comprobó que el conductor que arrolló al chico, John Favara, empleado de una fábrica de muebles, circulaba a una velocidad prudente y no pudo evitar el impacto cuando Frank Gotti irrumpió en la calzada. Favara, que sabía perfectamente quiénes eran los Gotti, tuvo el valor de acudir a casa de El Elegante para expresar sus condolencias y pedir perdón. Victoria, la esposa de Gotti, le abrió la cabeza con un bate de béisbol en el mismo umbral. El infeliz vendió su piso e intentó huir de Nueva York, pero no le dio tiempo. Fue secuestrado y nunca volvió a ser visto. Años más tarde se supo que los sicarios de Gotti lo habían descuartizado vivo con una sierra mecánica.

Los hijos de los mafiosos no suelen seguir (al menos en apariencia: en estos asuntos no hay nada seguro) la carrera de sus padres. Los de Paul Castellano, por ejemplo, se dedican a la restauración. Gotti, en cambio, quiso perpetuarse por vía dinástica y, tras ser encarcelado, dejó el negocio en manos de su primogénito John *Junior*, un tipo que encajaría a la perfección en la serie *Los Sopranos*: vive amargado por su tendencia a la obesidad y gasta miles de dólares en productos milagrosos para adelgazar, conduce una furgoneta, viste camisas de estampados chillones y su madre, la que agredió con el bate al pobre Favara, le echa unas broncas tremendas en público. Cuando Gotti informó a Gigante del nombramiento de Junior como heredero, Gigante le respondió con tres palabras: «Lo siento mucho».

«Junior no tiene ni de lejos nivel suficiente para dirigir a los Gambino, es el hazmerreír de la Mafia y la familia Genovese ni siquiera acepta reunirse con él», comentó Glenn Mouw, un agente del FBI especializado en los Gambino. La hija de Gotti, Victoria, escritora de novelas de amor y columnista del *New York Post*, también considera que su hermano es demasiado cobarde para dirigir el negocio.

¿Y si Junior, como Gigante, simulara su estupidez? Todo es posible. A Gigante le funcionaron el pijama y la leyenda del boxeador sonado y esquizofrénico. En los ochenta, cuando asumió el mando de los Genovese, la policía se negaba a creer que aquel gigantón tarado fuera realmente un «boss» e investigaba en busca del auténtico jefe. Entre 1969 y 1990, *Chin* Gigante ingresó veintidós veces en el hospital psiquiátrico Saint Vincent de Harrison (Westchester), consumió cantidades ingentes de Valium, Thorazine y Dalmare y se dejó ver casi a diario por Mulberry, con su bata, sus zapatillas y su gorrito.

Cuando se separó de su esposa no fue a vivir con su amante, sino con su madre. Que también acogió a Olympia, la esposa: la pareja se reencontró en el domicilio materno. Y cuando Yolanda Gigante, a los noventa y seis años, decidió dejar su apartamento de Mulberry y trasladarse a un asilo de Nueva Jersey, Cinzino, de sesenta y ocho, se fue de nuevo a vivir con ella. Estaba en libertad vigilada y tuvo que pedir permiso al fiscal. También solicitó autorización, y la obtuvo, para seguir acudiendo tres veces por semana a la elegante mansión en el Upper East de la otra Olympia, la amante.

Pero nada es eterno. En 1996, la policía grabó una llamada telefónica de un lugarteniente de Gigante, Tony Salerno, en la que éste se mostraba preocupado por la presión del FBI: «Si pillan a Chin, todos estos años con el cuento del manicomio no habrán servido para nada», dijo. Salvatore Gravano, otro miembro de la familia, confesó ante un tribunal que *Chin* Gigante no tenía nada de loco ni de idiota. Un hermano de Chin, el sacerdote Louis Gigante, juró ante el mismo tribunal que Cinzino estaba realmente enfermo, pero fue inútil. El 23 de enero de 2002, Chin y su

hijo Andrew (que ejercía de mensajero familiar) fueron condenados junto a otras cuatro personas. Gigante se confesó culpable de simular una enfermedad mental y de obstruir la acción de la justicia. Le cayeron 15 años.

Gigante fue uno de los últimos vestigios de Little Italy. Queda Bleecker, que tiene incluso una ópera, *La santa de Bleecker Street*, de Giancarlo Menotti, estrenada con gran éxito el 27 de diciembre de 1954 y Premio Pulitzer de Música en 1955. Se trata de una ópera clásica, decimonónica, agradable de escuchar y con un libreto tremebundo. Trata de Annina, una joven de Little Italy que tiene visiones místicas y estigmas (llagas de crucifixión), y un hermano, Michele, que mata a su novia, Desideria, porque ésta le acusa de estar enamorado de Annina. Annina decide hacerse monja y una repentina enfermedad mortal la obliga a tomar los hábitos en casa vestida con un traje de novia. Michele quiere impedirlo pero no llega a tiempo: Annina expira y cae el telón.

Bleecker tiene también una de las mejores carnicerías de Nueva York, Ottomanelli's, en el número 285. Y la mejor tienda de quesos, Murray's, en el 257. Una pequeña parte de mi vida transcurrió en esos dos locales, con la compañía invisible de *Chin* Gigante. «Di que te corten el porterhouse más gordo, al menos pulgada y media, fino no vale nada —me dice Chin—. Y compra mozzarella.»

En Little Italy viven, según el último censo, menos de 5.000 italoamericanos. Ya no existe el Ravenite Social Club, donde solían reunirse los *wiseguys*, y en Umberto's, donde mataron a *Crazy Joey Gallo*, sólo entran turistas. Para encontrar la Nueva York italiana de hoy hace falta tomar el metro e irse a Carroll Gardens, en Brooklyn, o a Belmont, en el Bronx, donde Martin Scorsese rodó *Malas calles*, su evocación de la Little Italy de su infancia. En Belmont hay un espléndido mercado italiano y una algarabía muy napolitana.

Gigante se encontrará algún día (quizá lo ha hecho ya, no lo sé) con todos los demás jefes mafiosos de Nueva York en el cementerio católico de Saint John, en Queens. Es un lugar tranquilo y hermoso donde el pasado no cuenta. Los restos de Lucky Luciano, por ejemplo, reposan junto a los del hombre al que asesinó para alcanzar el mando, Salvatore Maranzano, el fundador de las «cinco familias» neoyorquinas (Genovese, Gambino, Lucchese, Colombo y Bonanno). Vito Genovese está en un nicho del claustro central. Los «chicos» aún en activo suelen visitar las tumbas y poner flores. Todos acabarán ahí. El juego consiste en llegar el último.

John Pierpont Morgan, dios de la banca. Andrew Carnegie, dios del acero. William Henry Vanderbilt, dios de los ferrocarriles. John Jacob Astor, dios de la especulación inmobiliaria. John Davison Rockefeller, dios del petróleo. Y Henry Clay Frick, dios del carbón. Estas son las seis divinidades mayores de Nueva York, las seis cabezas de Moloch.

Wall Street, el corazón que bombea dólares hacia las arterias neoyorquinas y nutre la vida urbana, es una zona relativamente pequeña en torno a la «calle del Muro». El distrito financiero dice muy poco visto desde fuera: edificios de oficinas, negocios de comida rápida y gente que hormiguea de lunes a viernes. El pequeño edificio donde por un tiempo se alojó el gobierno federal, la entrada de la Banca Morgan y el frontispicio del New York Stock Exchange (hay otros mercados de valores, como el American o el electrónico Nasdaq, pero la bolsa genuina es la del NYSE) están casi juntos y constituyen el corazón del barrio. Suelo aconsejar una visita al NYSE porque el parqué tiene algo de espectáculo deportivo: cada equipo de operadores luce colores propios y compite con el resto. Los muchachos que atienden los monitores y compran o venden con un sistema de gestos forman parte del folclore y resultan hasta cierto punto prescindibles, porque la mayoría de las operaciones casan de forma automática en el ordenador (con resultados ocasionalmente desastrosos, porque un programa informático carece de sentido común y en caso de desplome, como en 1987, sigue tirando como si nada); el ritual del parqué sirve, en cualquier caso, para recordar un concepto fundamental: el capitalismo ha sobrevivido a todas las alternativas porque, al final, se basa en un vendedor y un comprador que se ponen de acuerdo en un precio. El marxismo, mucho más racional que el capitalismo, fracasó como sistema económico porque carecía de mecanismo de fijación de precios e ignoraba, por tanto, lo que la gente quería y lo que no.

Wall Street es el corazón del capitalismo mundial porque en Wall Street se establece el precio de todas las cosas del mundo. Incluido el dinero: la Reserva Federal de Washington y los bancos centrales de Frankfurt y Tokio fijan los tipos de interés de las tres monedas de referencia, el dólar, el euro y, en menor medida, el yen, con la vista puesta en las previsiones, los humores y las histerias de Wall Street. La vivienda es caso aparte porque se trata de un mercado muy imperfecto: a diferencia de casi cualquier otro producto, los solares son inexportables.

En Broadway, cerca de Wall Street, hay un toro de bronce que nadie encargó y

que llegó ahí por carambola. Su autor, Arturo de Modica, un escultor en busca de promoción, depositó las tres toneladas de toro metálico ante las puertas de la New York Stock Exchange una mañana de diciembre de 1989; el golpe publicitario gustó y el Ayuntamiento instaló la obra a la entrada del barrio financiero. El toro es el animal que embiste hacia el cielo, el símbolo de los buenos tiempos en Wall Street: cuando el mercado está *bullish*, las acciones suben y todo va bien. Lo contrario es el oso, encorvado hacia la tierra: un mercado *bearish* va de baja. El toro de bronce de Broadway tiene la cabeza más brillante que el cuerpo, porque cientos de personas, locales y forasteras, la acarician cada día en un gesto que, se supone, trae buena fortuna económica.

Ese toro, tan reciente, tan circunstancial, es una de las imágenes que simbolizan Nueva York. Moloch, el dios maligno de los cananeos, ávido de oro y de sacrificios humanos, tenía también cabeza de toro.

Allen Ginsberg habló del Moloch contemporáneo en su poema *Howl* [Aullido]:

Moloch, cuyos ojos son un millar de ventanas ciegas.  
Moloch, cuyos rascacielos se yerguen en largas calles como Jehovás interminables.  
Moloch, cuyas factorías sueñan y tosen en la niebla.  
Moloch, cuyas chimeneas y antenas coronan las ciudades.

Los americanos, y me refiero a la gente que vive al oeste del archipiélago, en el continente, piensan que Moloch impera en Nueva York. Y no les gusta. ¿Han visto el capítulo de *Los Simpson* en que la familia visita Manhattan? Homer Simpson odia esa ciudad y, en general, todas las grandes ciudades. La civilización americana se ha hecho suburbana y antiurbana y atribuye a Nueva York algún tipo de suciedad imborrable, un pecado original que contrasta con la pureza cristiana de la Ciudad sobre la Colina, el mito fundador de la nación. Quizá siguen pesando sobre la opinión estadounidense el origen holandés del archipiélago, su tolerancia (o indiferencia) religiosa, la libertad de sus costumbres, la violencia interna de su historia. A mí no me parece que Moloch pinte gran cosa en Nueva York. Wall Street guarda historias muy desagradables, pero hurguen un poco en Dallas, Texas, y verán qué encuentran.

En cualquier caso, la ciudad es así porque es el corazón del capitalismo y es el corazón del capitalismo porque es así. Los grandes imperios no mueren, se transforman. Roma, por ejemplo, se reencarnó en el catolicismo. El Imperio Británico sigue viviendo en las conexiones internacionales de la City de Londres. La inteligencia del Imperio Holandés permanece atesorada en la obra de Baruch Spinoza (el único filósofo al que creo y el único al que prestaría dinero) y en las calles de Nueva York. Una ciudad liberal, sincera hasta la brutalidad, con los ideales justos



para ir tirando y un egoísmo que algunos estiman y otros no.

Cuando estalló la guerra civil, en el momento más crítico de la historia de Estados Unidos, el Ayuntamiento de Nueva York consideró la posibilidad de proclamarse República independiente para monopolizar el comercio entre el Norte y la Confederación; sólo desistió cuando el Sur impuso aranceles a todo lo que no procediera de Europa. Entonces, con bastante desgana, se sumó a las filas nordistas.

Esa fue una reacción muy neoyorquina. A principios del XIX, el feroz debate entre los federalistas de Alexander Hamilton (futuro Partido Republicano) y los republicanos del vicepresidente Aaron Burr (futuros demócratas) cristalizó en un formidable proyecto inmobiliario, con el que el bando de Hamilton quiso crear una «Nueva Nueva York» donde hoy se encuentra Jersey City: una cosa era la ideología y otra el dinero, y una ciudad totalmente controlada por los federalistas habría alterado a favor de éstos (centralistas, elitistas, racionales, partidarios de mantener con Londres relaciones fraternales, en oposición al populismo idealista y afrancesado de los republicanos jeffersonianos) el equilibrio político en Albany, la capital del Estado. La cosa falló, y ahí está la insignificante Jersey City para demostrarlo. Luego Burr mató a Hamilton en un duelo, huyó al Oeste y tramó un plan más o menos descabellado para rebelarse contra Washington y proclamarse emperador de Texas, pero ése es otro asunto. Quería decir, en fin, que la fisonomía urbana de Nueva York, tan densa, tan agresiva, es reflejo de su alma.

(Mi amigo Ricardo sostenía que los espacios físicos, la historia y esas cosas sólo tenían importancia como materia especulativa, y que lo único esencial eran las personas y el presente. Sospecho que el arquetipo urbanístico de Ricardo era Grozny, y que, por lo tanto, en comparación, todas las ciudades le parecían cómodas, amables y tranquilas. En lo del aquí y ahora tenía su punto de razón. Ricardo había comprobado muchas veces cómo cambia la gente cuando es transportada a un ambiente hostil y desconocido como la Chechenia en guerra. Algo de eso vi yo también en algún conflicto africano. Una noche, en el Blind Tiger, me hizo un discurso sobre la fragilidad moral de las personas: bastaba un ligero cambio en las circunstancias, un peligro, una presión, para que mandaran a paseo todos sus principios. Me sorprendió descubrir que era más pesimista que yo. En cualquier caso, me sirve su argumento. En Nueva York la gente es de cierta forma porque en Nueva York existe un ambiente determinado, y ese ambiente está muy relacionado con las calles y con quienes las construyeron.)

Las divinidades fundadoras de Nueva York, los Astor, Morgan, Rockefeller y demás, disfrutaron de la explosión económica de la posguerra civil, de la industrialización

vertiginosa de un territorio inmenso y rico y de la impotencia de los poderes públicos. Salvo Astor, murieron todos en el siglo xx: son difuntos recientes. Y, sin embargo, apenas hay memoria real de ellos. Se han convertido en mitos fundacionales o en parábolas, del éxito para unos, de la falta de escrúpulos para otros. Parecen dioses de un Viejo Testamento pagano, inmortalizados en piedra, en arte, en instituciones eternas y poderosas. Como el Yahvé del Pentateuco, fueron crueles y monopolistas. Movieron montañas, redactaron mandamientos, aniquilaron a sus enemigos, causaron terribles aflicciones y matanzas, pero hicieron de Nueva York la nueva Tierra Prometida. Construyeron Manhattan con sangre y sudor ajenos, y la ley que establecieron sigue siendo la ley.

Astor fue el dios del Edén y el pecado original. Nació en 1763 en Waldorf, un pueblecito alemán, en una familia de granjeros. A los quince años emigró a Londres con uno de sus hermanos y abrió un taller de fabricación de instrumentos musicales. A los veinte cruzó el Atlántico. A los veintitrés poseía una colonia en Oregón llamada Astoria y un buen comercio de pieles: compraba a los tramperos en los ríos Columbus y Missouri y transportaba las pacas a los puertos del Este. Financió expediciones, trazó mapas y empezó a empujar la frontera hacia el Oeste. En su tiempo se toparon cara a cara el Caín y el Abel de América, el colono y el nativo: uno de los dos estaba perdido. A los cincuenta años, Astor era dueño de un monopolio peletero continental y de una flota de buques que exportaban a Europa y Asia. Invirtió sus inmensos beneficios (era el hombre más rico de Estados Unidos) en un pedazo de tierra muy concreto: lo que hoy se extiende desde Houston Street hasta Central Park y se conoce como Midtown. Su hijo fue un terrateniente despiadado. Su nieto financió gran parte del Metropolitan Museum y fundó la Astor Library (el núcleo de la biblioteca de la 42 con la Quinta). Uno de sus bisnietos se hizo británico (primer vizconde Astor). Otro, novelista de ciencia ficción, construyó hoteles como el Waldorf y el St. Regis. (¿Puedo contar un detalle que define a la familia? El Waldorf, el hotel más grande del mundo, fue erigido por William Waldorf Astor con el fin de fastidiar a su tía Lina, a la que detestaba: el hotel, centro social de la ciudad, se construyó justo al lado de la casa de la tía Lina, que no soportaba el ruido y tuvo que mudarse.) Otro murió a bordo del *Titanic*. Un tataranieta apoyó el «New Deal» de Franklin Roosevelt y presidió *Newsweek*.

Frick fue el dios del diluvio. El más atroz e incomprensible. Nació en West Overton, Pensilvania, en 1849. Su abuelo, un cacique rural de carácter frío y despótico, le formó a su semejanza y, acaso para espolear su misantropía, no le dejó ni un dólar en herencia. El joven Frick trabajó en una lavandería, estudió contabilidad e invirtió en minas de carbón durante la crisis bursátil de 1873, cuando las acciones estaban

baratas. Diez años después, ya millonario, creó, con otros socios, un lago artificial para disfrute de los ricos cerca de un pueblecito llamado Johnstown. El lago estaba en una presa de la que el gobierno prefirió deshacerse, por vetusta e insegura. Frick y los suyos la mantuvieron en ese estado. El 30 de mayo de 1889, tras varios días de temporal, el lago de los millonarios rompió los diques y cayó sobre Johnstown. Murieron casi 10.000 personas. Una mujer se ahogó mientras paría y de su cadáver quedó colgando el cadáver del bebé. Frick salió del paso pagando una módica multa por un delito de negligencia. Pagó otra multa en 1892, cuando contrató un ejército de sicarios de la Pinkerton para que expulsaran de sus fábricas de coque a todos los obreros: había decidido contratarlos de nuevo, pero con salarios más bajos y sin derechos. La gente de la Pinkerton mató a decenas de infelices que se atrevieron a resistir y estableció, de una vez por todas, que en Estados Unidos la propiedad privada estaba por encima de la justicia.

Frick, que para entonces ya estaba asociado con Carnegie y dirigía la mayor corporación mundial del acero, no tuvo corazón para morir en 1892, cuando un joven anarquista llamado Alexander Berkman (compañero de Emma Goldman, icono del sindicalismo y el pacifismo neoyorquino, una de las primeras comunistas que denunció, en 1923, la tiranía soviética) intentó asesinarlo disparándole dos veces y apuñalándolo en su despacho. Henry Clay Frick sobrevivió para construirse la mansión más imponente de Manhattan y acumular en ella una formidable colección de arte. Le gustaba Vermeer, tan delicado, tan sutil. Una de sus adquisiciones personales fue un extraño Rembrandt llamado *El jinete polaco*; mucho tiempo después, la obra inspiró su mejor novela a un escritor español llamado Antonio Muñoz Molina. Designios misteriosos. La maravillosa Frick Collection existe gracias a un miserable. El estiércol y las flores. Nueva York.

John Pierpont Morgan fue otro tipo de divinidad. La más grande, sin duda. Durante más de cincuenta años encarnó, de forma personal e intransferible, el Sistema Económico Americano: suyos eran la Bolsa, la Banca, las empresas, el banco central y la moneda. Físicamente parecía un Moloch: cabeza de gran tamaño, rasgos brutales, nariz abulbada, ojos de hielo, voz de trueno, cuello de toro y tronco robusto. Infundía pavor. Y, sin embargo, era un tipo melancólico, depresivo, muy sensible a las críticas. Tal vez tuvo una educación demasiado exquisita (su padre, un banquero, le envió a los mejores colegios y universidades de Europa), o tal vez le pesaba su propio poder. Nació el 17 de abril de 1837 en Connecticut y a los treinta y cinco años ya era más rico que el Gobierno de la nación. Respaldó a un inventor llamado Thomas Edison y creó la Edison General Electric Company, más tarde conocida como General Electric. En 1901 compró por 480 millones de dólares (todo el presupuesto federal de Estados Unidos, por comparar, ascendía a 300 millones) la Carnegie Steel Company y,

fusionándola con su Federal Steel, creó U.S. Steel, la mayor empresa del mundo.

En 1907, cuando uno de los pánicos que sacuden periódicamente Wall Street amenazó con hundir el sistema financiero, Morgan se erigió en banco central (la Reserva Federal no existía aún), puso firmes a los demás banqueros y les ordenó volcar sobre el mercado 20 millones de dólares que tranquilizaron los ánimos. Todo eso lo hizo en 10 minutos.

Fue uno de los fundadores del Metropolitan Museum, del Museum of Natural History y del jardín botánico de Nueva York. Su espíritu permanece en uno de los lugares más recomendables de la ciudad, la Morgan Library. Contra lo que se cree, John Pierpont nunca vivió en el edificio de la Calle 36. Ésa era su biblioteca y allí se encerraba en sus días depresivos. Como Frick, se lavaba la conciencia con arte. Suponiendo que Frick tuviera conciencia. Morgan sí la tenía. Y tenía una inteligencia que iba más allá de los negocios. Una de sus frases favoritas: «Ningún problema puede resolverse hasta que se reduce a su forma más simple. La transformación de una dificultad vaga en una fórmula concreta es un mecanismo esencial para el pensamiento».

El presidente Teddy Roosevelt hizo su carrera política acusándole de monopolista mientras, en privado, le pedía dinero para tal cosa o tal otra. Morgan, que había apoyado el monopolio de los ferrocarriles siguiendo instrucciones de Abraham *Lincoln*, se dejaba. Murió en Roma, en 1913. No le dio tiempo a evitar la catástrofe de 1929.

El gran monopolista ferroviario fue William Henry Vanderbilt (1821-1885), que acumuló ferrocarriles, se adueñó del transporte público neoyorquino y pronunció aquella frase inmortal, «que se joda el público», cuando le sugirieron que el transporte público requería un poco de planificación pública, o sea, política, y un poco de interés por las necesidades de la ciudadanía. Construyó delirantes mansiones en un tramo de la finca de los Astor hasta crear, él solito, lo que después se llamó Quinta Avenida, con tanto éxito que los propios Astor decidieron vivir allí. Ninguna de esas mansiones, llenas de torres y almenas, ha sobrevivido.

Andrew Carnegie (1835-1919) era otra cosa. Carnegie se consideraba a sí mismo un santo varón y un gigante moral; digamos que fue un moralista pintoresco y que espiritualmente no fue un enano. Había nacido pobre en Escocia, un país que, por muy diversas razones, crea una pobreza más triste y dura que las otras, y emigró de niño a Estados Unidos. La suerte le llevó a ser ayudante del subsecretario de Guerra

en Washington, encargado de tender la red de telégrafos ferroviarios, y aprovechó la experiencia para invertir en telégrafos y ferrocarriles. Más tarde copió los sistemas ingleses de producción de acero y montó una fundición cerca de Pittsburgh, con Henry Clay Frick como socio. Se convirtió (igual que Morgan, Astor y Vanderbilt: todos presumían de lo mismo) en el hombre más rico del mundo y se dedicó a descansar medio año en Escocia, desde donde lamentaba los desmanes de Frick (que, por otro lado, acrecentaban su fortuna), y a sermonear durante la otra mitad del año sobre lo bien que iba la pobreza para forjar carácter y lo triste que era ser millonario. En 1889 publicó un artículo titulado «El Evangelio de la Riqueza» en el que afirmaba que los magnates debían favorecer a la comunidad. No era pura hipocresía: en los años siguientes creó una fundación dedicada a «la mejora de la humanidad» y el mantenimiento de la paz, financió 3.000 bibliotecas públicas y estableció varios institutos de investigación científica. Además, compró las acciones de Frick y rompió con él: Frick, que le había proporcionado montañas de oro, se había convertido en una compañía indeseable.

John Davison Rockefeller (1839-1937) también fue el hombre más rico del mundo. Vivió casi un siglo y su sombra se proyecta aún, tanto tiempo después, sobre el subconsciente americano. Montgomery Burns, el magnate despiadado de la serie *Los Simpson*, es físicamente idéntico al viejo Rockefeller. Fue el paradigma del capitalista weberiano: religioso y frugal en la vida privada, implacable y voraz en los negocios, convencido de cumplir designios divinos. «El dinero me lo ha dado Dios», decía. La gente nunca llegó a saber cómo era realmente el gran patrón de la Standard Oil, el hombre que creó un gigantesco trust petrolero y que, en sus escasos ratos libres, trató de construir una teoría económica sobre la conveniencia de los monopolios. Nació en un pueblo del Estado de Nueva York, hijo de un feriante bígamo que vendía falsos medicamentos contra el cáncer y de una mujer estricta y religiosa. Poseía una extraordinaria capacidad de cálculo y no perdía nunca la calma. Organizó su vida como una partida de ajedrez, eficaz, grandiosa y humanamente estéril.

Comenzó vendiendo pavos y llevando libros de contabilidad, hizo algún dinero en el mercado de cereales y en 1862 invirtió en petróleo. Sólo hacía tres años que a Edwin Drake se le había ocurrido que el petróleo podía ser extraído de la tierra, con bombas como las de agua, sin esperar a que brotara por sí solo. Rockefeller inventó el negocio de las refinerías y estableció un principio aún vigente: cuando bajan los precios del crudo y los márgenes de transformación se reducen al mínimo, las empresas más pequeñas quiebran. El propio mercado, pues, hace una selección que conduce al oligopolio. Conclusiones: hay que ser el más grande y conviene pactar precios con los escasos competidores reales. Las cosas no han cambiado en siglo y medio. (Antes hablábamos del sistema de fijación de precios capitalista desde un

punto de vista teórico, como se habla del derecho a la felicidad en la Declaración de Independencia; la práctica, evidentemente, es otra cosa.)

Rockefeller dejó la Standard Oil a sus hijos hacia finales del siglo XIX, cuando se encontraba en la cúspide de la impopularidad. Ninguna otra de las cabezas del Moloch neoyorquino molestaba al público tanto como él. Y, sin embargo, Rockefeller tenía la convicción de haber hecho bien. Había creado empleo, había proporcionado a los americanos combustible barato, había cumplido los designios de Dios. Dedicó sus últimos 30 años a crear universidades y organizaciones filantrópicas, y le dio tiempo a ver terminado el Rockefeller Center.

Todos estos tipos con biografías en general poco edificantes están en el origen del moderno imperio americano. Se puede elucubrar sobre el espíritu evangelizador de la diplomacia de Washington, sobre la convicción nacional de que las barras y las estrellas representan la justicia en el mundo y sobre la buena voluntad que en bastantes ocasiones ha presidido las aventuras estadounidenses en el mundo, todo eso es cierto, pero los imperios se fundan sobre la necesidad de proteger los intereses comerciales. La protección se basa, a su vez, en la amenaza. En ese sentido, la frase fundacional del imperio no es la muy célebre del presidente Monroe, «América para los americanos», sino otra, menos conocida, del presidente Theodore Roosevelt.

*Teddy* Roosevelt había dado ejemplo práctico como soldado en la guerra de Cuba, al frente de sus «Rough Riders», y seis años más tarde, en 1904, ya en la Casa Blanca, topó con el problema de un secuestro. Un ciudadano estadounidense llamado Ion Perdicaris fue secuestrado por el bandido marroquí Mullah Ahmed al Raisuli y la demanda de rescate fue expedida a la Embajada de Estados Unidos. Cuando la noticia llegó a Roosevelt, éste envió unos cuantos barcos de guerra cargados de marines a las costas de Tánger, con un mensaje escueto: «Quiero a Perdicaris vivo o a Raisuli muerto». Bastó la amenaza. Perdicaris fue liberado de inmediato. Desde que esa frase fue pronunciada y surtió efecto, los americanos supieron, mucho antes del suicidio europeo en 1914, que el mundo era suyo.

Los cimientos del imperio están en Liberty Street, esquina con William. Unos veinte metros por debajo del edificio de la Reserva Federal de Nueva York, empotradas en la roca, hay tres gigantescas cajas fuertes de hormigón y acero, una dentro de otra, que esconden el 30 por ciento de las reservas mundiales de oro, con depósitos de más de 80 países. Las otras cuevas del tesoro, en Fort Knox y West Point, tienen poco movimiento. En la gruta de Manhattan, en cambio, el trajín de lingotes es casi diario: los delirios de los tiburones bursátiles de Wall Street tienen consecuencias planetarias porque esa gente baila cada día sobre un montón de oro. Estamos hablando de un gran montón de toneladas de oro, con un valor cercano a los

90.000 millones de dólares, unos 15 billones de las antiguas pesetas. Cuando paso por delante de la Reserva Federal me quedo un rato quieto e intento notar la vibración de la riqueza subterránea, hasta hoy sin éxito.

Se puede visitar el interior de las cajas fuertes. Basta telefonar a la Reserva Federal, o enviar un mensaje electrónico, y pedir fecha y hora. El espectáculo es fundamentalmente obscuro y a la vez muy divertido. El dorado de los lingotes, ordenados como ladrillos en muros, es muy variado y depende de las impurezas: un poco de plata da un color amarillo pálido; el cobre, un tono rojizo; el hierro, un brillo verdoso; cuando la impureza es de bismuto, el ladrillo de oro se hace oscuro. Los mecanismos de cierre de las cajas fuertes consisten en cilindros metálicos de tamaño colosal que encajan en bielas de hormigón y el subterráneo parece decorado por un guionista de James Bond con resaca de pacharán.

Ese es el templo secreto de las seis divinidades de Wall Street. No hay ídolos con forma de toro, pero los policías que vigilan son tan robustos y malencarados que dan el pego.

El Broadway de Brooklyn, mucho menos famoso (con todo merecimiento) que el de Manhattan, desemboca en los pilares del puente de Williamsburg. En la zona conviven un pintoresco metro elevado (el antiguo «el» de Nueva York), cuyos convoyes nocturnos hacen del sueño de los vecinos una experiencia trepidante; una colonia de judíos hasídicos ultraortodoxos, una creciente población latina y el personal más o menos joven y más o menos creativo que ocupa los antiguos almacenes portuarios. Hacia el interior, por Bedford Avenue, el barrio está en alza, se agita, se llena y encarece día a día, convertido en la «nueva frontera» de la cultura no establecida (o no tan establecida aún como para enviar a paseo el color local y comprarse un apartamento con vistas a Central Park) y de las pequeñas galerías.

Me gustan las calles cercanas al río, bajo la sombra del puente. No digo que sea un lugar hermoso, pero me gusta. Aquí estaban los astilleros de la Navy que construyeron el acorazado *Missouri*, a bordo del cual se firmó en 1945 la rendición japonesa. Y aquí está la Brooklyn Brewery, la última de las muchas fábricas de cerveza que los inmigrantes alemanes crearon en el barrio durante el siglo XIX.

No queda ninguna de las viejas fábricas. Brooklyn Brewery es novísima, de los años noventa, y surgió gracias al integrismo religioso musulmán. Me explico. El fundador fue un periodista de Associated Press, de nombre Steve Hindy, que trabajó larguísimas temporadas en Arabia Saudí. En ese país, regido por el Corán y la elefantiásica familia de los Saud, está prohibido el alcohol, incluso a los extranjeros, por lo que la colonia foránea suele adquirir gran pericia en la producción de licores caseros. Yo aprendí, durante la primera guerra del Golfo, a fabricar un criminal aguardiente de arroz conocido como «sadiki». Hindy se concentró en la elaboración de cerveza de bañera. Cuando regresó a Nueva York, en 1984, y topó con la desolación sávida de las Budweiser, Coors y demás cervezas de producción masiva, el periodista decidió montar su propia fábrica. La Brooklyn Lager es hoy la cerveza de Nueva York (aunque se registra una floración de pequeños productores artesanales, muy buenos), y una de las mejores de América.

El viernes por la tarde, mientras preparan la fiesta del sabath, los judíos tienden cordeles sobre sus calles; es una señal para que los gentiles en general, y más en concreto los latinos, que llevan la música del coche a un trillón de decibelios, eviten turbar la calma del día sagrado. La convivencia, si no óptima, es razonable.

Los ultraortodoxos llegaron a Williamsburg cuando se construyó el puente, a



principios del siglo xx. El puente, un ingenio sin el más simple adorno y desfavorecido en la comparación con el de Brooklyn, un poco más abajo, unía el Lower East Side de los judíos con una zona relativamente descongestionada y barata. En poco tiempo, la mayor parte de la colonia hasídica de Manhattan optó por dejar Delancey Street, cruzar el puente de Williamsburg (durante décadas fue llamado «la pasarela de los judíos») y establecerse al otro lado del East River. Esa migración provocó otra: los alemanes e irlandeses que habitaban la zona dejaron sus cervecerías y se replegaron hacia el interior, hacia Queens, por no convivir con gente que, por una razón u otra, les resultaba antipática.

Poco antes de anochecer, los hombres, con los bucles tras las orejas y levitas negras, pasean lentamente. Sus mujeres e hijas, silenciosas, con vestidos largos y austeros y el cabello cubierto, encienden las velas dentro de casa. En sabbath no se trabaja, no se conduce, no se cocina. Todo ha de estar listo cuando oscurece. Es un placer pasear por el barrio a esas horas que anticipan la inactividad absoluta.

Isabel solía hacerme notar que aquella gente de negro tan pacífica enviaba a sus hijos a los asentamientos israelíes, para que se ejercitaran en el fanatismo. Es cierto. Bastantes de esos tipos con fusiles que esgrimen la Biblia como un título de propiedad sobre la tierra y construyen fortalezas judías en territorio palestino hablan inglés con acento de Brooklyn, y han vivido a la sombra del puente de Williamsburg.

Yo, la verdad, nunca fui a ese rincón de Williamsburg en busca de la paz del sabbath, la música de los latinos o el exotismo de los ultraortodoxos, aunque me gustara encontrarme con esas cosas. Iba al templo laico de Sol Forman, uno de los grandes benefactores de Nueva York.

Lo que hoy se llama «Peter Luger» fue fundado en 1887 por un inmigrante alemán, Peter Luger, que puso a su establecimiento el nombre de Peter's Tavern. Era una taberna como cualquier otra. Luger murió al poco de concluir la Segunda Guerra Mundial y el local quedó vacío. La antigua clientela alemana se había largado. A nadie le interesaba quedarse con un mal negocio en un mal lugar, un paraje inhóspito de solares y caserones decaídos de entre los que emergía, y emerge, blanca e inapropiada como un pastel de boda en un McDonalds, la silueta del Victorian Kings Co. Savings Bank, de arquitectura tan pomposa como el nombre.

Junto al banco, frente a la taberna cerrada, había una fábrica de cacerolas y cafeteras cuyo dueño, Sol Forman, tuvo una iluminación: iba a comprar el local abandonado, iba a rebautizarlo con el nombre del fundador, Peter Luger, e iba a servir el alimento supremo de los americanos, la *koiné*, por utilizar el término montalbanesco, de todas las culturas gástricas del continente: carne de vacuno asada con fuego. Dentro del género cárnico, en Estados Unidos el *steak* adquiere la condición de joya máxima, de *non plus ultra* del comer.

(Por cierto. Algunos extranjeros pronunciamos *steak* como «stick», y hacemos

mal. Conviene decir «stéic», con una «e» notoria. Lo tengo muy presente desde que un amigo me contó que había ocasionado un revuelo al pedir en un restaurante *mustard for the stick*, literalmente «mostaza para el palo» o, con un poco de malevolencia, «mostaza para el pene»; frases de ese tipo tienden a divertir a los camareros y a inquietar a los demás comensales.)

Volvamos a Forman. Su plan era disparatado. Nueva York es una ciudad de carnívoros, cuenta desde siempre con excelentes *steakhouses* y no parecía probable que la gente fuera a comer chuletones a aquel rincón extraño, junto a las rampas del puente.

Hay muchos establecimientos cárnicos, algunos de ellos míticos. Sparks, por ejemplo, en la Calle 46. Paul Castellano, jefe del clan Gambino, salía de Sparks cuando fue acribillado, en la misma puerta, por orden de uno de sus generales o capos, John Gotti, quien, gracias al peculiar sistema de ascensos de la Mafia, se hizo con el control de la familia. Sparks, como dijimos antes, es el favorito de Woody Allen, que no contempla la opción de Peter Luger porque, obviamente, no viaja fuera de Manhattan para comerse un filete, por bueno que esté. O Gallagher's, en la 52, oscuro y antiguo. O el Old Homestead, junto al Meat Packing, el más veterano de Nueva York (1868), el lugar donde se propinan grandes cenas los carniceros ricos. El Homestead es una casa de carne auténtica: los olfatos finos detectan el olor a matadero. O Keens, que aún sirve la dickensiana *mutton chop*, la chuleta de carnero, y tiene un bar excelente presidido por un retrato de la señora Keens totalmente desnuda (ya no es posible hacer comparaciones con el modelo porque la señora Keens murió en el siglo XIX). Luego están las cadenas: la del empresario Alan Stillman, Smith & Wollensky (mejor el grill que el restaurante), Post House y Maloney & Porcelli (si va, pida el codillo y no se hable más); Mortons, Palm, Bobby Van's. Y muchos otros.

Sol Forman quería ganarse un puesto junto a los grandes. Sabía sobre ganado, mataderos, despiece vacuno y parrillas todo lo que puede saber un fabricante de cacerolas y cafeteras: nada de nada. Pero trabajó a conciencia. O, al menos, hizo trabajar a conciencia a los demás. Contrató a un funcionario jubilado del Departamento de Agricultura que había pasado 40 años entre matarifes y le encargó que le enseñara a su esposa, Marsha, toda su ciencia. Marsha dedicó dos años al aprendizaje. Cuando el jubilado murió, la mujer se había doctorado.

La carne vacuna en Estados Unidos es distinta a la del resto del mundo. Durante la Gran Depresión, el gobierno de Franklin Roosevelt ayudó a los cerealistas con una ley que obligaba a alimentar al ganado con grano, no con hierba. Desde entonces, el *beef* americano tiene una grasa amarillenta y con un punto dulzón; bien cortada y razonablemente madurada, en seco o en húmedo (ahí entramos ya en honduras de especialistas), es una carne sensacional. La que sirven en Peter Luger es adictiva,

fantástica, mágica.

Cuando la revista *Time Out* de Nueva York editó su primera guía de restaurantes, Peter Luger fue catalogado como el mejor *steakhouse* de la ciudad. Al año siguiente, lo mismo. Cinco guías después, *Time Out* dejó de conceder el premio anual en la categoría *steakhouse* y anunció que sólo la repondría cuando no ganara Peter Luger, o sea, no en un futuro previsible.

En Peter Luger rige una filosofía digamos que espartana. Tiene el suelo de tablones y aspecto de cantina ferroviaria. Los camareros son alemanes de origen o de corazón y de carácter hosco. No se aceptan tarjetas de crédito. Y la carta es una trampa: quien la abre recibe una mirada de conmisericordia. En realidad, la casa sólo existe para servir *porterhouse*, la pieza que reúne solomillo y entrecote, y no se puede comer en soledad: el tamaño exige compartir. A mediodía se sirven hamburguesas, las mejores de la ciudad. Como acompañamiento, tomate, cebolla, patatas y espinacas. Eso es todo. Se oye por ahí que los camareros alemanes están en condiciones de arrojar sobre la mesa un plato con salmón si un cliente es carnóforo y por error se ha metido en el establecimiento; no estoy seguro, nunca se me ha ocurrido comprobarlo.

La clientela de Peter Luger es una muestra de la población neoyorquina, sin exquisiteces tontas. Hay parejas gordísimas que devoran entre arrumacos, ejecutivos dispuestos a alcanzar el más allá en materia de colesterol, grupos de amigos, marineros de paso con dinero suficiente para pagar 30 dólares por un *steak*, fontaneros, familias en domingo, turistas japoneses. Por alguna razón, que no sabría explicar, con un simple vistazo al personal uno podría adivinar que Luger está en Brooklyn, y no en Manhattan. Sin embargo, la mayor parte de la gente viene de Manhattan. Es curioso.

La obsesión por la calidad del *porterhouse* es absoluta. En primavera de 2003, tras un invierno de sequía que había perjudicado la cosecha de cereales, Jody Storch, la nieta de Sol Forman, comprobó que escaseaban las maravillas en las cámaras frigoríficas del Meat Packing District y tuvo que reducir la compra a una tonelada semanal: por unos meses, sólo se sirvieron *porterhouses* previamente reservados por teléfono. Cuando no había, no había. La clientela tomaba un martini melancólico en la barra y se iba de paseo a ver ultraortodoxos.

En Peter Luger nunca se pudo fumar, ni siquiera antes de la prohibición municipal, ni pedir la carne muy hecha. Encender un cigarrillo es falta leve; pedir la carne muy hecha, falta gravísima. El camarero observa con pena al cliente desaprensivo y llama al jefe Wolfgang Zwiener, cuarenta años sirviendo *porterhouses* en la casa, para que se encargue personalmente del asunto. Zwiener, alemán de Bremen, sabe ser severo. Pero quien paga decide: si quiere «carne seca», si quiere «causar dolor» al cocinero (estas frases forman parte de la línea argumental de

Zwiener), allá él. Será servido en silencio y se le dejará marchar en paz.

Sol Forman comía casi cada día en su restaurante, en una mesa apartada, y fue longevo. Murió a los noventa y ocho años, en octubre de 2001. *The New York Times* le dedicó una necrológica en la que reveló un secreto atroz. A Forman sólo le gustaba la carne muy, muy hecha, casi carbonizada.

Los neoyorquinos se dividen en tres categorías: Yankees, Mets y extranjeros. No hay más. La neutralidad resulta imposible. La ciudad es beisbolera hasta lo enfermizo y el baloncesto (Knicks) y el fútbol americano (Giants y Jets) constituyen simples complementos. Hace falta tomar partido. Uno puede optar por la vía fácil, es decir, el éxito, la mayoría y la soberbia, con lo cual se encasqueta la gorra de los Yankees y asunto resuelto. O puede optar por el fracaso, el sufrimiento y la más débil de las esperanzas, y se suma, como yo, a la famélica legión de los Mets. Cuestión de gustos.

La inmensa mayoría de los seres humanos tiene dificultades insalvables para entender el béisbol. Algunos consiguen hacerse con la mecánica del juego y se enfrentan con un problema aún mayor: después de tanto esfuerzo, les parece mortalmente aburrido. Ni es tan difícil, ni es tan monótono. Es un pasatiempo veraniego (fútbol y baloncesto son invernales) en el que pesa mucho la astucia y en el que no ocurre jamás, desengañémonos de entrada, esa cosa de las películas en las que la bola vuela hasta Cincinnati o destruye el marcador electrónico y un tipo se pone a correr alrededor del diamante y saluda al público entre vítores. Más bien al contrario: el no iniciado se concentra durante media hora en el espectáculo y no ve más que jugadores escupiendo, haciéndose señas, lanzando bolas nulas y bateando al aire; se distrae un segundo y se pierde una jugada de apariencia miserable que, sin embargo, cambia el signo del encuentro y suscita aplausos.

Supongo que el lector no espera extraer de este librito todos los intrínquilis del béisbol. Un servidor tampoco tiene vocación de enciclopedista deportivo. Probemos, de todas formas, a explicar los principios fundamentales. Juegan nueve contra nueve y el objetivo consiste en anotar puntos (carreras) eliminando al contrario. Lleva la iniciativa el equipo que batea, o, dicho más sencillamente, el equipo del señor que tiene un palo (bate) en la mano. El lanzador debe enviar la bola hacia el bateador dentro de un cuadro imaginario, cuyos límites establece un árbitro que se emplaza tras un jugador con un guante muy grande que debe recoger la bola que no intercepta quien batea. En fin, ahorremos tiempo: si el que batea lo hace bien y envía la bola hacia sus compañeros repartidos por el campo, el equipo girará ocupando bases (más o menos los ángulos del diamante) y se anotará una carrera al completar las cuatro bases. Si lo hace mal, le eliminarán y volverá al banquillo a mascar chicle. A veces, es cierto, el del palo le da a la bola realmente fuerte (nunca tanto como para cargarse la iluminación), gira el diamante completo y anota el *home run* de las películas.

Insisto en que se ve con poca frecuencia.

Dicho esto, y si alguien ha tenido la bondad de mantener abierto el libro, vayamos a lo que nos interesa. El béisbol, pasatiempo nacional americano, es una fiebre en Nueva York. Existen dos ligas paralelas, la Americana y la Nacional, que se reparten los equipos por criterios históricos o arbitrarios. Los primeros de cada liga disputan los *play-offs*, las eliminatorias finales. Y los ganadores absolutos se enfrentan, al mejor de siete encuentros, en lo que, sin gran modestia, los estadounidenses denominan *world series*, o campeonato mundial. Yankees y Mets compiten en ligas distintas. Y, de vez en cuando o, para ser más exactos, una vez, precisamente en el año 2000, alcanzan ambos la mundialidad. Si dos equipos de Nueva York llegan a la gran final, el acontecimiento se conoce como Subway World Series porque los viajes de un estadio a otro pueden hacerse en metro, y se desatan las pasiones. Como el mundo es muy imperfecto, la gran final de 2000 fue para los Yankees. Yo estaba ahí para padecerlo.

Los Yankees vencen casi siempre. En ningún otro deporte existe un equipo cuya hegemonía resulte tan duradera, implacable y monótona. Llevan así más de un siglo y no se cansan. Nadie sabe muy bien por qué son tan eficaces. Los expertos más racionales lo atribuyen a la suerte (la han tenido en todos los momentos cruciales), a la brujería (la célebre maldición de Babe Ruth y cosas similares) y al inagotable pozo de sabiduría de Yogi Berra, autor de frases impagables a las que luego daremos un pequeño repaso.

Los Yankees suelen atribuirse orígenes casi míticos, como si Dios hubiera entregado personalmente un bate a Joe di Maggio en la primera página del Génesis y le hubiera dicho: «Pégale a una pelotita y gánalo todo». En realidad, nacieron cuando ya estaba todo inventado. En 1903, un grupo de comerciantes y policías (recuérdese que entre mediados del siglo XVIII y mediados del XX Nueva York fue un pozo de corrupción, y en todo negocio convenía la protección retribuida de la policía) compraron la licencia de los Oriols de Baltimore y se la llevaron a Manhattan para montar un equipillo que nació sin nombre. Como jugaban en la colina donde hoy se cruzan Broadway y la 168, empezaron a llamarles «Highlanders», los de las tierras altas.

Pero era un nombre antiperiodístico porque no había forma de cuadrar un titular seco y conciso con esa palabra tan larga, y la prensa decidió llamarles Yankees. En 1913, al cabo de unos años de indefinición, Yankees se convirtió en denominación oficial. Un año antes, en 1912, alguien tuvo un golpe de genio y añadió al uniforme blanco del equipo unas rayas finas negras. Esas rayas definen desde entonces la indumentaria beisbolística. En 1909 habían copiado el logo con la N y la Y superpuestas de la medalla que concedía la policía a los agentes caídos en acto de servicio, y con el tiempo se lo apropiaron. Ahora ese diseño vale muchos millones de

dólares.

En 1920, los Yankees contrataron a un señor bajito, no muy joven (veintiséis años) y con propensión a criar barriga que jugaba en los Red Sox de Boston, el mejor club de la época. Ese señor se llamaba George Herman *Babe* Ruth y costó una fortuna, medio millón de dólares. Hubo que hipotecar el nuevo terreno de juego, Fenway Park, pero valió la pena. Al año siguiente, los Yankees ganaron su primer título en la Liga Nacional y ya no pararon. Los Red Sox, en cambio, no ganaron nada más hasta 2004. Eso es lo que se conoce como «la maldición de Babe Ruth», muy sentida en Boston.

Babe Ruth fue y es, sin ninguna duda, el más grande jugador de todos los tiempos. Y protagonizó uno de los momentos más emotivos del deporte.

Tras los éxitos de 1921, los Yankees se habían animado a invertir en un estadio propio, el celeberrimo Yankee Stadium del Bronx, también conocido como «la casa que construyó Babe». Pero en 1922 Babe no dio una. Se peleaba con los árbitros, se emborrachaba, fallaba en lo más elemental. Una joven lo denunció por violación. Un senador lo humilló públicamente en un acto público y Babe lloró. Para culminar el desastre, los Giants, que entonces eran el otro equipo de Nueva York, ganaron las World Series.

La temporada de 1923 comenzó con un enfrentamiento entre los Yankees y los Red Sox, la gran potencia del momento, en el estadio del Bronx. Más de 65.000 personas se agolpaban en las gradas, y al menos 15.000 habían tenido que quedarse fuera. La multitud esperaba un milagro, la irrupción de algún jugador desconocido que tomara el relevo de Babe Ruth y llevara a los Yankees hasta la victoria. Babe inició el encuentro en el banquillo. Cuando le tocó salir, el locutor que transmitía el partido por radio pronunció una frase memorable: «Toma el bate Babe Ruth, cansado y acabado». A Babe le bastó un golpe, el primero. Fue, dicen, el golpe más potente de su vida. La pelota no llegó a trazar una parábola descendente. Voló recta, casi invisible al ojo humano, hasta incrustarse en el otro extremo del estadio. George Herman Babe Ruth, el «bambino», el cansado y acabado, dio la vuelta al diamante en el *home run* más célebre del siglo. En ese momento, el momento del «retorno de Babe», el *come back kid* que tanto gusta a los americanos, comenzó la hegemonía de los Yankees. Y a Babe le quedaba aún mucha cuerda. En 1934, cuando los Yankees contrataron a su segundo héroe, Joe di Maggio, el Bambino anotó su *home run* número 700.

Los Yankees, sí, son insufribles, pero han tenido muchos momentos de grandeza. El 4 de julio de 1939 vivieron uno de ellos. Lou Gehrig, uno de sus grandes jugadores, misteriosamente enfermo desde mayo de ese año, compareció ante el público de los Yankees el Día de la Independencia para anunciar que sufría una enfermedad extraña, una atrofia muscular progresiva que le impedía seguir

practicando el béisbol. Se conformaba, dijo, con la diversión que le había procurado el deporte y con el cariño que le había dispensado siempre el público. Concluyó el parlamento con una frase sencilla: «Hoy me considero el hombre más feliz sobre la faz de la tierra». No tardó en morir del mal que hoy lleva su nombre. Dígale esa frase a un yankee y verá en su mirada el brillo de una lágrima.

En 1942 llegó un tal Lawrence Peter *Yogi* Berra, un chaval de Elizabeth Street que disputaba las ligas menores. Los Yankees no sabían quién era, pero supieron que los Cardinals de San Luis querían ficharlo y, sólo por molestar, se anticiparon. Costó 500 dólares. A los dieciocho años se alistó en la Marina, participó en el desembarco en Normandía y salió con vida de la matanza de Omaha Beach, lo enviaron al norte de África y al desembarco en Italia, y en 1945 volvió a Nueva York. La directiva de los Yankees seguía sin saber quién era, pero cuando les llegó una oferta de los Giants, otra vez por molestar, lo retuvieron. En 1946 lo incluyeron en el primer equipo. Fue considerado el mejor jugador americano en 1951, 1954 y 1955.

La gracia de Yogi, que más tarde entrenó a los Yankees y a los Mets, iba más allá de su talento como jugador y de su profundo conocimiento del béisbol. Su gracia estaba en las palabras. Quizá sólo Groucho Marx podía superarlo en la construcción de ingenios verbales, que le brotaban (y le brotan: cuando se escribe esto, sigue vivo) inconscientemente, sin buscarlos. Uno para empezar. Ya retirado, Carmen, su mujer de toda la vida, le hizo una pregunta delicada: «Naciste en Missouri, te criaste y jugaste en Nueva York, vivimos en Nueva Jersey. Si murieras antes que yo, ¿dónde te gustaría que te enterrara?». La respuesta: «No sé, sorpréndeme cuando llegue el momento».

Sigue una selección de frases. Algunas son muy populares. La mayoría fueron pronunciadas como declaraciones improvisadas para la prensa.

- Hay que ir con mucho cuidado si uno no sabe dónde va, porque podría no llegar.
- Si no puedes imitarle, no le copies.
- Corta la pizza en cuatro pedazos, no tengo tanta hambre como para comerme seis.
- El béisbol es cuestión de cerebro en un 90 por ciento, la otra mitad es esfuerzo físico.
- Ya nadie va a ese sitio, hay demasiada gente.
- Se hace tarde muy temprano.
- ¿Para qué comprar buenas maletas? Sólo se utilizan en los viajes.
- Es un gran hotel. Las toallas son tan gruesas que casi no puedo cerrar la maleta.
- Hay que ir a los funerales de los demás; si no, no vendrán al tuyo.
- El futuro no es lo que era.



- Nunca hay que responder una carta anónima.
- Cuando uno llega a una encrucijada debe seguir adelante.
- Suelo hacer un par de horas de siesta, desde la 1 hasta las 4.
- Uno puede ver muchas cosas simplemente mirando.
- ¿Qué haría si encontrara un millón de dólares? Localizaría a quien los hubiera perdido, y, si fuera pobre, se los devolvería.
- Yo no he dicho todo lo que he dicho.

Grande, ¿no?

Nueva York sufrió un golpe muy duro en 1958. Los otros dos equipos de béisbol de la ciudad, los Giants y los Dodgers, que propiciaban las Subway World Series locales (10 ganadas hasta esa fecha por los Yankees, dos por los Giants y una por los Dodgers) decidieron trasladarse a California. Los dueños pensaron, erróneamente, que allí ganarían más dinero. Así son las cosas en Estados Unidos. Quienes no simpatizaban con los Yankees quedaron huérfanos. Para Brooklyn, el barrio donde ser *dodger* constituía casi ley de vida, fue un desastre.

Afortunadamente, existen las segundas oportunidades. Un abogado llamado William Shea consiguió autorización para crear una tercera liga, llamada Continental, con el único fin de abrir espacio para un nuevo equipo en Nueva York capaz de rivalizar con los Yankees. La Continental duró sólo unos meses y concluyó en desbandada, generando fuertes pérdidas y grandes risas sarcásticas en el estadio del Bronx, pero a Shea le quedó en las manos una licencia y fundó el ansiado refugio para los enemigos de los Yankees. Pensó en muchos nombres, casi todos desafortunados: Continentals, Burros (por la palabra inglesa «barrio», *borough*), Skyliners, Islanders. Al fin, recordó que el primer equipo neoyorquino se había llamado Metropolitans. Y ésa, abreviada en Mets, fue la denominación elegida.

(Un inciso. Los nombres deportivos americanos suelen ser pintorescos. Como ejemplo, los Knicks, el equipo neoyorquino de baloncesto, que llena cada semana el Madison Square Garden pero no gana un campeonato ni a tiros. El nombre viene de Knickerbockers, la palabra con que eran denominados los pantalones hasta la rodilla que vestían los primeros colonos holandeses.)

Los colores de los Mets estaban claros desde el principio: el azul de los Dodgers y el naranja de los Giants, que, incidentalmente, componían los colores del emblema del Estado de Nueva York, que ya utilizaban los Knicks. El escudo fue una pelota de béisbol con un puente en el interior para simbolizar la vocación metropolitana y de entendimiento entre barrios: Nueva York, recuérdese, está formado de islas; sólo el Bronx de los Yankees forma parte del continente.

El primer partido oficial de los Mets se disputó el 11 de abril de 1962 en San Louis, con victoria de los Cardinals, 11-4. El primer partido en casa, en el terreno

provisional de Polo Grounds, el 23 de abril, concluyó de forma similar: derrota frente a los Pirates, 3-4. Empezaba a trazarse un camino que, de fracaso en fracaso, debería llevar, algún día, quizás, a la victoria final. En 1964 se inauguró el estadio de los Mets, bautizado Shea Stadium en homenaje al fundador, en el barrio de Queens. Algunos consideraron que el emplazamiento no resultaba óptimo, por la cercanía del aeropuerto Laguardia. Cercanía es un eufemismo: los de las gradas más altas pueden casi colgarse del tren de aterrizaje de los aviones. Y el ruido es ensordecedor. Pero, ¿cuándo ha molestado el ruido en un estadio?

Los Mets han adoptado como lema extraoficial la frase pronunciada por uno de sus entrenadores, tras la enésima derrota: «No me molesta perder, lo peor es que ganen los otros».

En otoño de 2000, por fin, llegó la gran oportunidad: las Subway Series que enfrentaban a los Yankees y los Mets. Yo me hice de los Mets desde la primera vez que viajé a Nueva York, simplemente porque no podía con los Yankees. Dudo que esa característica mía, la incompatibilidad con el éxito, me proporcione grandes alegrías en la vida, pero tiene mal remedio. Con el tiempo, en fin, me había apasionado por los Mets, había aprendido a localizar las alegres gorras azulonas entre la multitud de gorras azul oscuro, escrutaba en los rostros del metro para descubrir alguna mirada estoica que atribuía, de inmediato, a la filiación deportiva metropolitana del propietario, y consideraba a Mike Piazza, la estrella del Shea Stadium, el mejor beisbolista de las ligas americanas.

Isabel, mi compañera de oficina, se compró una gorra oscura de los Yankees, y colocó un adhesivo del enemigo, con ese emblema marciano, una chistera con las barras y las estrellas ensartada en un palo, en una mesa. Espíritu de contradicción, supongo. Ricardo fue de gran consuelo en aquellos días: era del todo indiferente a los deportes, a las competiciones y a los resultados.

Los especialistas consideraban que Yankees y Mets disponían de equipos muy parecidos y pronosticaban una final competidísima. Pero desde el primer encuentro se vio que Piazza, con un problema en el codo y quizá sin el carácter necesario para afrontar grandes momentos, no estaba por la labor, y que los Mets, tras una temporada fantástica, preferían retornar a aquello que mejor conocían: la derrota. Perdieron el primer partido. Perdieron el segundo. La cosa acabó como tenía que acabar. Mal, como siempre.

En 2002, los Yankees volvieron a ganar las World Series. Los Mets hicieron la peor campaña de su historia. Por fortuna, los equipos americanos no descienden de categoría. Simplemente quedan últimos.

Y así hasta hoy.

Cuando dejó de ser presidente de Estados Unidos, Bill Clinton se estableció en Nueva York y alquiló una oficina en Harlem. Obviamente, el despacho por el que Clinton se deja caer de vez en cuando (una de las ventajas de haber sido presidente consiste en que no hay que ir a trabajar todos los días) es bastante distinto a los cuchitriles por los que pululan los personajes de Chester Himes. Se trata de un espacio de más de 2.000 metros cuadrados con vistas al lado norte de Central Park, por los que el contribuyente paga 350.000 dólares al año. A veces va a comer a Sylvia's Soul Food o a Bayou, pero se le ve poco por el barrio. En cualquier caso, «el primer presidente negro» es el vecino más célebre de Harlem y uno de los más populares. La gente le quiere.

En la oficina de *El País* seguíamos bastante de cerca las operaciones inmobiliarias de Clinton, porque al principio intentó, sin éxito, alquilar toda una planta en el rascacielos donde estábamos nosotros, la Carnegie Tower de la Calle 57. Al día siguiente de anunciarse que Bill Clinton había elegido Harlem me presenté ante el edificio en cuestión, en el 55 West de la 125, para preguntar a los transeúntes y a los comerciantes locales si esperaban que el ex presidente aportara prosperidad al barrio.

Digamos que entré en primer lugar en la peluquería «afro» cercana al portal y pregunté algo así como:

—¿Qué les parece la noticia de la llegada del presidente Clinton?

(A los ex presidentes, como a los generales retirados, se les trata de por vida de presidente o general.)

La respuesta vino a ser:

—Es una buena noticia. ¿Tiene un cigarrillo?

Supongamos que luego paré a un tipo en la calle y le pregunté su opinión sobre Clinton. Y digamos que la respuesta fue:

—El mejor presidente de todos los tiempos. ¿Tiene un cigarrillo?

Durante esa tarde, fuera cual fuera la persona, la pregunta y la respuesta, casi todos los diálogos terminaron igual:

—¿Tiene un cigarrillo?

No quiero decir con esto que en Harlem sea un barrio de gorriones. Sugiero tan sólo que esa tarde mucha gente tenía ganas de fumar y se había dejado el tabaco en casa.

Los vecinos predecían que Clinton atraería negocios y visitantes ilustres, y en cierta forma el tiempo les ha dado la razón. La Calle 125 tiene ya su Disney Store y su Starbucks y Ariel Sharon ha probado *in situ* las especialidades sureñas de Bayou. La llegada a Harlem de la prosperidad clintoniana comenzó a notarse, probablemente, la tarde en que un tipo preguntón se plantó en la calle y empezó a dar tabaco gratis. Debió de correrse la voz. Me voló un paquete de Marlboro en un par de horas.

Siempre recomiendo a los amigos que viajan a Nueva York que dediquen al menos una jornada al norte de Manhattan, a la inmensidad que se abre por encima de la Calle 100 y recibe el nombre genérico de Harlem. Casi ninguno va. Y, sin embargo, allí están Harlem, El Barrio, el gran mercado latino de La Marqueta (Park Avenue, entre la 112 y la 116) y algunas de las cosas más extraordinarias que pueden verse en el mundo.

Harlem empezó a recibir inmigración negra a finales del XIX y se convirtió en un barrio casi exclusivamente negro durante la Primera Guerra Mundial, con la llegada de decenas de miles de jamaicanos que buscaban empleo en la industria neoyorquina. Pero el «renacimiento» negro de los años veinte, cuando no se podía vivir la noche sin pasar por el Cotton Club (que sigue abierto hoy), el Lennox Avenue Club o el Connie's Inn, y no se podía predecir el futuro de Estados Unidos sin leer a James Weldon Johnson, Alain Locke o Langston Hughes, los intelectuales de Harlem que aspiraban a crear una cultura alternativa a la blanca, no habría existido quizá sin un personaje formidable: Marcus Aurelius Garvey, emperador del Reino de África, Caballero Comandante de la Sublime Orden del Nilo y Gran Sachem de la Legión Africana.

Antes de Garvey existió Booker T. Washington, el admirable esclavo de Virginia que estudió y desde la dirección del Tuskegee Institute de Alabama forjó una generación de profesores negros, con el objetivo de elevar la condición social de la raza a través de la educación. Washington publicó en 1901, con gran éxito, su autobiografía, *Up from Slavery*, y llegó a ser asesor del presidente Theodor Roosevelt. Pero creía en los cambios graduales y en el fondo tenía algo de Tío Tom: era un negro con el alma blanca, lo peor que según los negros puede ser un negro.

Hacía falta alguien con más desparpajo y menos escrúpulos, y ése era el emperador del Reino de África. En 1914, Marcus Garvey había fundado en su Jamaica natal la Asociación para la Mejora de los Negros Unidos según las teorías del maestro Booker Washington, y en 1916 viajó a Estados Unidos para reunirse con él. Pero Washington acababa de morir, y Garvey se instaló en Harlem para predicar un nuevo evangelio: los negros debían ser orgullosos y autosuficientes, sin necesidad de imitar a los blancos. «Hay que enseñar negritud a los negros. Ideales negros, industria negra y religión negra en unos Estados Unidos negros», decía.

Esos «Estados Unidos negros» iban a crearse en el oeste de África, que las

potencias coloniales cederían encantadas al propio Garvey en su autoproclamada calidad de «presidente-general provisional de todos los negros del universo». Garvey ya le había tomado la medida al cargo, al menos en lo tocante al vestuario: usaba un vistoso uniforme rojo lleno de entorchados, correaes y condecoraciones, se cubría la cabeza con un gorro napoleónico adornado con plumas y paseaba por el barrio en carruaje abierto, acompañado de alguno de sus ministros.

En 1919 ya era propietario de un periódico, *Negro World*, y de varios restaurantes y lavanderías, pero eran negocietes de poca monta, lejos del nivel imperial del personaje. Entonces fundó la Black Star Line, una naviera con 24 grandes buques (eso decía él, en realidad eran tres, de los que sólo dos flotaban) destinada a cambiar para siempre la fortuna de la negritud y del continente africano. Sus seguidores invirtieron millones de dólares en acciones de la Black Star Line y lo hicieron millonario.

Resultó, sin embargo, que las potencias coloniales carecieron de la delicadeza y la amplitud de miras necesarias para entregar sus posesiones africanas al emperador Garvey. Y resultó también que las organizaciones negras más radicales, como la Hermandad Negra Africana, se hartaron del «fantoche con chorreras». La naviera quebró, Garvey fue procesado por estafa y condenado a cinco años de cárcel, y los Estados Unidos negros se fueron al garete. Tras cumplir dos años, Garvey fue perdonado y se trasladó a Londres, donde llevó una vida más discreta que en Harlem. ¿Por qué fue importante ese tipo pintoresco? Porque galvanizó a la comunidad, porque soñó a lo grande, porque fue el primero en decir que no se podía contar con los blancos (en el sur prosiguieron los linchamientos racistas durante décadas) y porque sugirió la necesidad de buscar «una religión propia», algo que, más o menos, llegó más tarde con el islam americano. También porque era vistoso y simpático, y porque fue lo más parecido a un emperador decimonónico que se vio nunca en Harlem.

El mejor mes para las epifanías neoyorquinas es sin duda junio. Hay una vieja canción maravillosa, *How about You*, que habla de eso. Hay que vivir en Nueva York el final de la primavera, cuando se olvida la nieve, se guardan los abrigos donde quepan (ésa es tal vez la operación más complicada, porque el espacio no abunda) y los neoyorquinos recuperan la calle y la brisa con aroma de mar, de alquitrán, de monóxido de carbono y de savia nueva: una combinación embriagante. Es un estallido suave, una invitación a vivir.

Mi epifanía neoyorquina, mi revelación personal, ocurrió sin embargo en invierno. Salía del metro en la estación de la 157 con Broadway, ya había oscurecido y caía una nieve muy espesa. La zona, que de suyo es un guirigay de músicas latinas, bocinazos y gritos infantiles, estaba en silencio. Iba a la Hispanic Society, uno de mis

lugares preferidos. Me quedé plantado en la acera, con nieve hasta los tobillos, y me sentí muy feliz de que aquella ciudad tremebunda, voraz e hiperactiva estuviera tan quieta y callada como yo, cubierta de blanco e inmóvil en un instante dulce. En ese momento decidí quedarme a vivir en Nueva York, para siempre, pasara lo que pasara.

Las ciudades nevadas me parecen de otra época y la epifanía de la Calle 157 tuvo mucho que ver con Archer Milton Huntington. Ese caballero, nacido multimillonario en 1870, fue contemporáneo de los Morgan y los Rockefeller y, como ellos, acumuló arte; a diferencia de ellos, sin embargo, no utilizó el arte para calmar su conciencia. Huntington era mucho más raro: su trabajo, desde muy joven, consistió en comprar España, un país que en aquel momento no interesaba a nadie.

Era hijo único de Collis Potter Huntington, fundador de la Central Pacific Railroad y de los astilleros Newport News y Drydock, y de una dama distinguida y francófila. El ambiente y los recursos le permitían cualquier manía, y optó por una realmente excéntrica. Durante un viaje a Londres compró el libro *The Zingali*, de George Borrow, una crónica bastante pesada sobre la vida de los gitanos españoles a mediados del siglo XIX; desde que la leyó, el joven Huntington empezó a obsesionarse con España. Hizo que sus padres contrataran a una maestra de Valladolid para que le enseñara español y acumuló una biblioteca de temas hispánicos. A los veinte años contrató a un profesor de árabe, idioma que consideraba muy relacionado con el país de sus sueños, e inició la preparación de su primer viaje a España. Muy sensatamente, se dedicó también a estudiar medicina: no esperaba encontrar médicos fiables fuera de las grandes ciudades, y quería estar preparado para curarse a sí mismo en caso de enfermar. En 1892 llegó a Bilbao. El resto de su vida fue un buceo frenético en la cultura española: excavó en Itálica, compró las mejores bibliotecas de Sevilla, se hizo con las primeras ediciones del *Quijote* y de *La Celestina* (un regalo del banquero Morgan), acumuló cuadros, mapas, restos arqueológicos, esculturas y manuscritos, trabó amistad con Ortega, patrocinó a Sorolla... El tesoro fue acumulado en un palacio feo y cargado de espaldas que en 1904 se alzaba sobre unos campos y hoy está rodeado por un barrio de denso aroma latino. El caserón de la Hispanic Society es poco visitado. Las salas y los ujieres evocan los museos cairotas de antes del turismo: polvo, soledad y silencio. Es un lugar maravilloso, uno de los pocos en que se puede contemplar a solas un goya o un velázquez. O un fantástico mapamundi de 1526 trazado por Juan Vespucci, el hermano de Americo, en el que Norteamérica es apenas el golfo de Florida y una breve masa continental con los bordes occidentales difuminados, como corresponde a las tierras inexploradas.

El oeste de Manhattan es considerado el lado «creativo» de la isla. Como simplificación, resulta aceptable. El Upper West es más entretenido que el Upper East y, en general, la parte occidental de Midtown encierra más sorpresas que la oriental.

La Hispanic Society se encuentra al oeste. También están ahí dos lugares igualmente insólitos, los Cloysters y la catedral de Saint John. Lo de los Cloysters hay que verlo para creerlo: es un gran monasterio-palacio-catedral de estilo románico construido con edificios medievales pirenaicos, desmontados en Francia y España y ensamblados en la ribera del Hudson, frente a una franja costera continental en la que no se ha edificado y que ofrece al espectador un vago paisaje toscano. Se llevaron a Manhattan hasta las tumbas de los condes de Urgell. No estoy seguro de que me parezca mal.

En cuanto a Saint John, es otra fantasía imposible: una catedral gigantesca, en cuyo interior cabrían las de Notre-Dame y Chartres una junto a otra, inacabada (si todo va bien, hacia 2050 deberían techarse las torres) y consagrada a un delirio de estilos. Empezó a construirse en 1892 según criterios románicos y en 1911 varió al gótico porque cambiaron al arquitecto, y el nuevo tenía otros gustos. El portal, llamado del Paraíso, fue diseñado para contener una selección de figuras bíblicas masculinas; dada la incorrección política del asunto, se incluyeron sobre la marcha figuras femeninas. Hay un bestiario para la bendición de animales domésticos en la festividad de San Francisco, un Altar de la Paz, un Altar de las Víctimas del SIDA, un jardín de esculturas infantiles y, en general, todo tiene un aire híbrido, como de maravilla gótica planeada por un comité municipal progresista.

Juan Carlos Gumucio se pegó un tiro en su casa de Cochabamba. Lo recuerdo corpulento y sonriente. Era tan carismático que parecía capaz de curar un dolor de muelas con un apretón de manos.

Gumucio fue un gran periodista que pasó muchos años en Oriente Próximo, se casó bastantes veces, tuvo dos gatos llamados *Smith* y *Wesson* y contrajo en Londres una enfermedad del alma. Supongo que se dejó morir poco a poco. Se marchó a su país, Bolivia, quizás en busca del rincón tranquilo que eligen los gatos para morir en silencio, sin quejas. Al final, para acelerar los trámites, optó por la vía ejecutiva. Y se pegó un tiro.

Nueva York no es el mejor lugar para digerir según qué noticias. No es una ciudad reconfortante. Comparte esa calidad con Venecia: son sitios a los que hay que ir, o en los que hay que estar, con el ánimo bien dispuesto. Maravillosos cuando el alma goza de salud, potencialmente fatales en días escasos de esperanza.

Tomé el metro hacia el norte sin un destino fijo, masticando el recuerdo del Gumucio vivo, aquel tipo que fue tronante y feliz como un Otelo sin Desdémona, y después de muchas estaciones me apeé en una del Bronx para volver a pie hacia Manhattan. Más allá del Bronx, siguiendo Broadway en paralelo al Hudson, nacen Westchester y un mundo fluvial con bosques, aldeas delicadas, urbanizaciones caras y paisajes de un verdor inglés; más acá del Bronx se alza Manhattan, con sus esperanzas y sus rascacielos. La esperanza y los rascacielos forman parte de una misma ecuación: quiten a Manhattan sus torres y sus puentes y queda el paisaje urbano más triste del mundo. Queda algo así como el Bronx, una extensión desordenada en un continente inhóspito.

Soy injusto. Si en lugar de apearme en una estación cualquiera hubiera ido hasta Arthur Avenue, donde se cruza con Belmont, habría topado con la Little Italy contemporánea, un sitio donde se come bien, donde la gente se saluda y donde a mediados de agosto se celebra un Festival del Ferragosto entre vanguardista y kitsch. En el Bronx hay muchas cosas. El zoo. El estadio de los Yankees. Un río llamado Bronx. Y más de millón y medio de personas. Me gusta el mercado italiano de Arthur Avenue pero, en general, el Bronx me resulta indiferente.

Otra cosa es South Bronx, el barrio maldito de Nueva York. Aunque sus fronteras son vagas, la Calle 155 constituye una garantía: al sur de esa calle todo es South Bronx en estado puro, con sus canchas de baloncesto entre coches incendiados, sus



matones de bíceps elefantiásicos, sus camellos, sus macarras y su actitud entre resignada y chulesca. La película *Fort Apache*, sobre la legendaria comisaría de policía de la zona, consolidó la fama de South Bronx como el lugar más peligroso de América. No es para tanto, pero si en Nueva York conviene andar atento, en South Bronx la atención es obligatoria.

Lo suyo habría sido homenajear a Gumucio con un largo paseo por South Bronx, seguido de borrachera y atraco. No se me ocurrió. Me quedé por el oeste desolado del Bronx, lleno de fachadas indefinibles y comercios hispanos. Hacía frío y entré a tomar un café, horrendo, en un antro llamado El Gallo Huevón.

El South Bronx es menos violento que hace 10, 15 o 20 años. Sus dramas de hoy son la obesidad y la melancolía. Conozco a un tipo heroico llamado Dave Holzweiss, un católico de origen coreano, duro como un general vietnamita, que gestiona un centro para muchachos en dificultades. Dice que la heroína y el crack le preocupan menos que las seis comidas diarias, los maratones de «culebrón» venezolano y la apatía existencial. Los jóvenes del Bronx comen, ven la tele y dejan pasar el tiempo. «A los catorce años se sienten adultos y se rebelan; algunos roban en los comercios, otros no, pero lo normal en este barrio es fracasar», comenta. Cuando a un chico le van bien las cosas, se larga. No hay modelos positivos. La población viene y va, en busca de empleo y alojamiento. Una de las pocas señas de identidad que sobreviven en el Bronx es el racismo contra los blancos.

Ricardo e Isabel habían ido a casa de su amiga Luisa, que vivía en un lugar de la costa de Nueva Jersey. Luisa había trabajado como productora y periodista para más empresas de las que recuerdo, conocía Nueva York como pocos y se había establecido en una playa cercana a Manhattan. Lola estaba en Washington y yo no me sentía de humor para ver el mar de cerca.

Se me ocurrió acercarme a la tumba del general Grant, pero no lo hice: habría sido ensañamiento. Es un lugar que agrava cualquier melancolía. Se trata, en invierno, del rincón más triste de Nueva York. Ulysses Grant, el gran general nordista de la guerra civil, fue un buen militar y un mediocre presidente. Salió de la Casa Blanca tan pobre como llegó a ella y en sus últimos años, alcoholizado y con un cáncer de garganta, escribió contra el reloj unas memorias de gran calidad literaria para dejar algún dinero a su viuda. Tras su muerte, casi cien mil personas entregaron donativos para la construcción de un mausoleo en el parque de Riverside cuya inauguración, en 1897, congregó a una multitud de más de un millón. Al edificio, un templete de mármol que sigue siendo el mayor mausoleo de Estados Unidos, acude hoy poca gente.

Fui sensato y tomé un taxi hasta los billares de Houston Street, donde un chaval filipino me ganó unas cuantas partidas. Luego jugué contra su novia, que también me

ganó. Me largué antes de que me ganara también el paragüero de la entrada.

Para disfrutar del oficio de periodista conviene ser joven y un poco inconsciente, como para enamorarse o firmar una hipoteca. El envejecimiento trae consigo la duda, el cinismo y la decepción. Se trabaja igual, quizá mejor, pero todo es menos divertido. Una buena descripción de ese proceso la hizo Dino Buzzati en *El desierto de los tártaros*. La novela cuenta la historia de un militar destinado en una lejana fortaleza fronteriza para explicar, en realidad, el desengaño vital de un redactor del *Corriere della Sera*, el propio Buzzati, que creyó malgastar su vida atado a la mesa de trabajo, esperando la gran noticia, la historia sensacional, el momento mágico que había de redimirle y justificar su existencia.

El periodista Julio Anguita firmaba sus textos con el segundo apellido, Parrado. Era joven y disfrutaba con su trabajo. Me lo presentó Albert Guasch, que estaba a punto de volver a Barcelona y cederle la corresponsalía neoyorquina de *El Periódico* a Idoya Noain. Albert e Idoya también eran jóvenes. Hice con Julio un par de viajes a Los Angeles, para asuntos de cine. Me pareció simplemente un colega simpático que lo pasaba muy bien hasta junio de 2001. El 10 de junio, para ser exactos. Julio Anguita, Julio A. Parrado para *El Mundo*, donde ejercía como «segundo» de Carlos Fresneda en la delegación estadounidense, e Idoya Noain vinieron conmigo a la ejecución de Timothy McVeigh, un veterano de la guerra del Golfo que el 19 de abril de 1995 hizo estallar una furgoneta cargada de explosivo ante un edificio de Oklahoma y mató a 168 personas. Con esa matanza quiso declarar la guerra al gobierno federal. Washington, como Bruselas en Europa, era considerada en mayor o menor medida una cueva de burócratas que malgastaban, limitaban las libertades del ciudadano y arruinaban las identidades locales. Una pequeña minoría, a la que pertenecía McVeigh, veía en Washington a un enemigo contra el que valía todo.

La ejecución estaba fijada para el 11 de junio en Terre Haute, Indiana, uno de esos lugares rubios y apacibles, perdidos en la inmensidad del continente, en los que la gente compra revólveres en las gasolineras y respeta el Día del Señor. Idoya y Julio no conducían y me tocó ejercer de chófer desde un aeropuerto remoto, diría que en Illinois, hasta Terre Haute. El motel céntrico donde habíamos reservado habitaciones era un tugurio y nos quedamos un solo cuarto, como oficina colectiva. Para dormir sin cucarachas encontramos un hotelito a unos veinte kilómetros.

En Terre Haute descubrí que viajaba con dos malditos periodistas jóvenes que iban de aquí para allá, hablando con unos y otros, haciendo el trabajo que se supone debe hacer un reportero, mientras yo me sentía paralizado por una enfermedad que se agrava con el tiempo: el empecinamiento (inútil) en comprender. Por qué McVeigh, un tipo inteligente y a su manera honesto, había declarado una guerra personal al gobierno de Estados Unidos; por qué durante meses había planeado esa matanza de inocentes sin sentir la menor duda ni el menor remordimiento; por qué tantos cientos de ciudadanos habían organizado su asistencia a la ejecución como un fin de semana familiar. Estaban en las piscinas de los hoteles y en los restaurantes, bromeando con sus hijos, haciendo cálculos sobre la hora a la que deberían levantarse al día siguiente para no perderse detalle del acontecimiento. Al término de la jornada, después de preguntar muchas veces por qué, yo seguía sin comprender. Idoya y Julio, en cambio, se habían limitado a conversar, a meterse en las casas, a palpar el ambiente, y tenían un montón de anécdotas y de testimonios interesantes o graciosos. Ésa es una lección que se olvida con frecuencia: no intentes comprender, no deduzcas, no interpretes: eso lo puede hacer cualquiera en una oficina a mil kilómetros de distancia. Da igual que la situación te resulte ininteligible. Cuenta lo que ves, lo cercano, lo comprobable. Ya está.

Pensé mucho en Idoya y Julio el 11 de septiembre de 2001, cuando «el mundo se vino abajo». Con estas palabras empezaba al día siguiente la crónica de Julio. Yo acababa de ser trasladado a Washington y viví las cosas desde allí. Fue un día muy largo. Pensé en todos los amigos de Nueva York, de los que poco a poco fui teniendo noticia directa o indirecta, pero sobre todo en Idoya y Julio. Habían llegado los tártaros y ellos, aún jóvenes y enteros, estaban de guardia en la fortaleza. Supuse que trabajarían muy bien, y lo hicieron.

Tardé unos días en desplazarme a Nueva York, adonde volvía frecuentemente por trabajo y casi todos los fines de semana, aunque fuera sólo un momento, para engañarme con la idea de que no me había ido del todo. Por debajo de Canal Street el aire era espeso y picante, de polvo y ceniza. Mi vieja barbería había sido engullida por la «zona cero». En el vestíbulo de The Printing House, mi antigua casa, habilitado como enfermería de urgencia el día de la tragedia, había carteles de desaparecidos, fotos, mensajes. Lo normal en una ciudad bombardeada o en un campo de refugiados. Había visto esos murales de notas desesperadas en Ruanda o Kosovo. En la opulenta Nueva York causaban una desazón distinta. Los papeles en las paredes, la montaña de escombros, el cielo inmenso y vacío sin las dos torres, las banderas por todas partes, las lágrimas, el redoble de los tambores de guerra.

En la parte baja de Manhattan, el viento susurraba el Apocalipsis y la gente caminaba como aterida de frío, aunque hiciera calor. Por otra parte, no había que hacer cola para comer en Nobu o el Odeón y se encontraban habitaciones en el Plaza

por menos de cien dólares. Los martinis del Oak Bar seguían siendo excelentes y, poco a poco, volvían los turistas. Es la vida.

Conocí y traté bastante a una superviviente de las Torres Gemelas. Se llamaba Judith Francis, tenía treinta y cinco años. El 11 de septiembre de 2001, a las 8:45 de la mañana, cuando entraba en la oficina en la que trabajaba, AON Consulting, piso 85, torre sur del World Trade Center, vio por la ventana el impacto del primer avión contra la otra torre y la llamada le hirió los ojos. Quedó casi ciega; recordaba sobre todo los sonidos. La megafonía: «Permanezcan quietos y tranquilos». La voz de su jefe, acatando las instrucciones: «Yo no me muevo de mi despacho». La voz de una secretaria que bajaba lentamente las escaleras con zapatos de tacón alto: «No voy a quitarme los zapatos, hoy me reuniré con Dios y quiero estar bien vestida». Judith arrastró consigo a la secretaria en una carrera furiosa hacia la calle, mientras sobre sus cabezas escuchaban el impacto del segundo avión (que desintegró al jefe que había permanecido «quieto y tranquilo» en la oficina a la espera de nuevas órdenes). Todo el edificio se tambaleaba. Fueron 85 pisos en 15 minutos, a 10,5 segundos por piso: casi una caída libre. Se le deformaron los pies y ahora usa zapatos ortopédicos. La calle temblaba y del cielo llovían personas. Dentro del fragor general, el impacto de los cuerpos de los suicidas sonaba «leve, como si fueran objetos semilíquidos».

Convencida de que iba a enloquecer, Judith echó a andar en dirección norte, sacó su ordenador de bolsillo y empezó a anotar todo, minuto a minuto. Los ataques de pánico y el insomnio llegaron al cabo de un par de meses. En agosto la despidieron y Judith dejó la ciudad. La invitaron a la conmemoración oficial del primer aniversario, pero no quiso asistir. No quería ver, dijo, «a los políticos hinchando el pecho», ni oír por enésima vez un discurso de George W. Bush sobre la «guerra planetaria».

No hizo falta mucho tiempo para que Nueva York recuperara el pulso. La tragedia del 11 de septiembre fue metabolizada y asumida por quienes no la habían sufrido ni de lejos y se convirtió en patrimonio de la América profunda: los mismos que durante la presidencia de Bill Clinton clamaban contra Washington y contra el gobierno federal dieron carta blanca a George W. Bush para hacer todo aquello que supuestamente no toleraban: espiar a los ciudadanos, saltarse la Constitución y gastar montañas de dólares del contribuyente. La guerra es la guerra.

Había pasado poco más de un año cuando entrevisté a Lou Reed en un restaurante de la Décima Avenida junto a la 14, muy próximo a su apartamento. «Nueva York vuelve a estar muy viva —dijo—. Creo que los que vivían en la parte alta de la ciudad se enteraron de las cosas relativamente, vieron el humo y las imágenes en televisión. Lo curioso es que el efecto parece haber sido más intenso en el resto de

América. La reacción más fuerte, en términos de miedo y paranoia, está en la América suburbial que, como usted sabe, odia Nueva York. —Y añadió—: Para los que lo vivimos de cerca fue algo terrible, casi prefiero no hablar de ello, me falta distancia.» Acto seguido echó una bronca al camarero porque había pedido agua con gas y le habían traído un agua con un gas demasiado gaseoso.

Julio Anguita podía ser muy sentimental o muy cínico, según el momento. Poseía una vitalidad extraordinaria, una gran curiosidad y un desparpajo muy útil para manejarse en Nueva York. De todas las personas que conocí en la ciudad, Julio era probablemente quien más la gozaba. Eramos relativamente vecinos. El vivía junto a Washington Square con Stefano, su compañero, un hombre culto y bondadoso que, además, preparaba un risotto tremendo. No pertenecíamos al mismo circuito y sólo nos veíamos de vez en cuando, pero convivimos bastante en los viajes a Florida, cuando el puñetero recuento electoral, a California, a Indiana y a algún otro lugar. Era un maldito periodista joven, lleno de talento. Y una persona de generosidad exagerada, casi estrafalaria.

Un sábado, sería durante la guerra de Afganistán o en la inmediata posguerra porque recuerdo que la pared de la oficina estaba llena de mapas bélicos, me llamó a Washington para contarme que había hecho un cursillo del Pentágono. Les habían enseñado a ser corresponsales de guerra, me dijo riéndose. Me preguntó por mis experiencias y apenas pude explicarle nada. Yo he ido poco a la guerra y por casualidad, no por vocación. Le comenté cuatro cosas banales: que en ciertas situaciones la cobardía solía ser una virtud, que convenía llevar papel higiénico y un buen seguro y que si en la guerra participaban los americanos lo aconsejable era situarse detrás de ellos, no delante.

Julio y su amiga Mercedes Gallego, de *El Correo*, se fueron meses después a Irak, «empotrados» en unidades estadounidenses. Las crónicas de Julio demuestran que en aquel barullo atroz logró mantener la mirada fresca del periodista joven: son historias concisas, sin trampa, sin inventos.

Luego se discutió bastante sobre si llevaba un chaleco antibalas inadecuado, si viajaba sin seguro, si su empresa le había proporcionado las garantías necesarias. Creo que se fue a la guerra con la idea de que un nuevo éxito profesional (una nueva victoria sobre los tártaros) le permitiría librarse del temido retorno a Madrid y quedarse en Nueva York.

Un misil lo mató el 7 de abril de 2003, a las puertas de Bagdad.

Era mediodía en Estados Unidos cuando se confirmó que Julio Anguita Parrado había muerto. Desde Madrid me pidieron unas líneas sobre él. Eso es periodismo de veteranos: contar en menos de una hora lo que no sabes ni quieres contar, y hacerlo mal, pero hacerlo a tiempo. A falta de otras virtudes, se valora la puntualidad.

Julio Anguita y José Couso, a quien no conocí, fueron los dos periodistas españoles muertos en la segunda guerra del Golfo.

El último de los funerales por Julio se ofició en una iglesia católica del Village neoyorquino, la misma iglesia a la que Stefano, creyente, había conseguido arrastrarle en alguna otra ocasión. Stefano quiso una ceremonia religiosa y después una fiesta en la que los amigos recordaran a Julio vivo y sonriente. Me mantuve un poco al margen y luego intercambié comentarios cínicos con Isabel: el cinismo es un extraordinario analgésico.

Ricardo Ortega llegó tarde a la iglesia. Entró con prisa, permaneció un rato al fondo del templo y se largó enseguida porque se había citado con su novia. A Ricardo, que tenía toda la experiencia del mundo en cuestiones bélicas, no le habían enviado a Irak. Después de la campaña de Afganistán, donde, como solía, «adoptó» a los compañeros más jóvenes, fue siempre el primero en levantarse para preparar café e hizo crónicas estupendas, lo devolvieron a Nueva York. El alejamiento forzoso del conflicto iraquí no le hizo ningún bien. A Ricardo le gustaban las emociones brutales y las situaciones imprevisibles. Posiblemente le atraía también el riesgo. En la guerra se crecía.

Quizá se sentía en Nueva York como el oficial que aguarda en la fortaleza y otea inútilmente el horizonte del desierto a la espera de unos tártaros que no llegan. Y Ricardo Ortega no estaba hecho para sentarse ante una mesa y dejar pasar los días.

El funeral de Julio fue una doble despedida: adiós al amigo y adiós a la ciudad. Yo estaba a punto de trasladarme a Roma. Esa noche tomé algún martini de más, crucé apuestas insensatas y me prometí cambiar de vida. Dormí poco y por la mañana, muy temprano, fui al mercado del pescado de Fulton Street. Aquel viejo mercado tenía también las horas contadas porque se trasladaba al Bronx. Era un lugar fascinante, el último vestigio portuario en Manhattan. Luego di un paseo por el puente de Brooklyn y permanecí un rato embobado, mirando en la distancia la estatua de la Libertad. Me emocioné un poco. Hay que ser tonto para emocionarse con esa estatua. También hay que ser tonto para no hacerlo.



Escribo en Roma. Veo por la ventana un mar de tejas tostadas por el sol, la cúpula chata y gris del Panteón, el *cuppolone* de San Andrea de la Valle, un cielo azul, unas cuantas gaviotas.

Estaba aquí mismo, viendo por la tele un partido que jugaba el Inter contra no sé quién, cuando sonó el teléfono. Era tarde, quizá pasadas las 11. Lola había viajado a Barcelona y yo, solo en casa, veía al Inter, mi equipo, tumbado en el sofá con una cerveza en la mano. Sonó el teléfono y la conversación fue más o menos como sigue:

—¿Enric González?

—Sí.

—Hola, te llamo de la SER. Creo que eras amigo de Ricardo Ortega, ¿no?

—Sí.

Y dije que sí sin reparar en el pasado verbal y sin ninguna alarma.

—Sabrás que Ricardo acaba de morir en Haití, queríamos grabarte unas palabras.

Yo no sabía que Ricardo había muerto. No sabía nada. Y dije otra vez que sí, que grabaran, que hicieran lo que quisieran. Y balbuceé cuatro cosas sin saber nada, sin pensar nada, sin sentir nada.

Luego llamé a Isabel. Isabel lloraba. Hablamos. Yo seguía sin sentir nada y sin entender nada.

Alguien del periódico telefoneó para pedirme unas líneas. Lo mismo que con Julio Anguita. Unas líneas. Escribí como se escribe la esquila de un amigo, mal, deprisa y sin ganas, porque no hay nada que decir. Nació en tal sitio, hizo tal cosa y tal otra, fue un buen periodista y un hombre íntegro. Imaginé a la persona que un día, quizá, tendría que escribir unas pocas líneas después de mi muerte (los periodistas difuntos tenemos derecho a unas líneas fúnebres porque somos o fuimos empleados de la casa, igual que los camareros tienen derecho a servirse una cervecita gratis) y sentí pena por esa persona. Con un poco de suerte, esa persona no me conocerá apenas y el texto será escueto, correcto, digno. Pasé horas mirando por la ventana. Las tejas y las cúpulas en penumbra. No pude llorar, como no pude, y no puedo, por la muerte de mi hija. Sí lloré cuando murió *Enough*, mi gata. Debo de tener averiado el mecanismo de la lágrima.

Miré por la ventana e imaginé de mil maneras la muerte de Ricardo. Le recordé a él y recordé la última vez que nos vimos, en un restaurante de Washington llamado

Olives donde Ricardo pidió una ensalada que apenas probó y donde hablamos de Julio, de los amigos, del futuro. Yo me iba a Roma, él sólo sabía que su corresponsalía estaba a punto de terminar y que los jefes de Madrid no mostraban demasiado aprecio por su trabajo. Recordé Nueva York como si estuviera allí, como si estuviera acodado en la ventana del comedor, contemplando la lejana flecha iluminada del Chrysler y oyendo el zumbido de la ciudad. Como si fuera antes y no hubiera pasado nada.

Ricardo murió porque había ido a Haití en un momento de conflicto. Murió porque Antena 3 lo enviaba a Madrid y él quería seguir en Nueva York. Murió porque sus crónicas desde Estados Unidos durante la guerra de Irak no gustaron al gobierno español de entonces. Murió porque se fue a Haití por su cuenta, con sus ahorros y su instinto. Murió porque había pasado unos meses muy difíciles en su piso del Village. Murió porque, a diferencia de otros como yo, era incapaz de meterse en el hotel cuando empezaban los tiros. Murió porque se refugió con otras personas en un comercio mientras las balas barrían la calle y al cabo de un rato, cuando parecía que llegaban los americanos a salvarlos, fue Ricardo quien salió a comprobar si el peligro había pasado. Murió porque era como era. Murió porque tuvo mala suerte y lo mataron.

En el tanatorio madrileño cubrieron su cuerpo con una gasa blanca que se ondulaba gracias a unos ventiladores. Yo miraba temblar la gasa y pensaba en que iba a beber mucho, muchísimo, esa noche, y pensaba que estaba más muerto que Ricardo. No debí pasar mucho tiempo allí de pie, contemplando la gasa, idiotizado, sin sentir nada especial. Sólo quería convencerme de que Ricardo había muerto.

Alguien se acercó y me abrazó. Eran Luisa e Isabel. Me abrazaron con una dulzura que yo no merecía y que probablemente estaba destinada a Ricardo; fue un abrazo que no olvidaré mientras viva y que de alguna manera nos envolvió a todos: a Juan Carlos Gumucio, a Julio Anguita, a Ricardo Ortega, a quienes se fueron y a quienes se quedaron, a una ciudad entera.

Ese abrazo fue, creo, el último adiós a Nueva York.

No he vuelto. Quizá no vuelva nunca.

P. S.

He vuelto, claro que he vuelto.

La semana pasada estuve allí.

Hacía mucho frío, como en mi primer viaje. El viento arrastraba hojas de periódico y los montones de nieve gris se congelaban en las aceras. Reencontré a Idoya y me acerqué a mi antiguo barrio, donde el White Horse y el Blind Tiger proponían una oferta irrechazable. Tenían que ser tres cervezas: una por Juan Carlos, una por Julio, una por Ricardo.

Ellos, supongo, también habrían vuelto.

Nueva York sigue siendo una tormenta de almas, un caudaloso río humano. Para entender ciertas cosas no hacen falta idiomas, ni experiencia, ni memoria. Basta con abrir la ventana y escuchar el rugido de la bestia.

Roma, 24 de febrero de 2006



ENRIC GONZÁLEZ, nacido en Barcelona en 1959, es periodista y ha trabajado como corresponsal de *El País* en Londres, París, Nueva York, Washington, Roma y actualmente en Jerusalén. Ha sido galardonado con el Premio Cirilo Rodríguez, que reconoce la mejor labor de los corresponsales españoles. En su faceta de escritor ha publicado los libros *Historias de Londres* (1999), *Historias de Nueva York* (2006), *Historias del Calcio* (2008) e *Historias de Roma* (2010), todos ellos recibidos con entusiasmo por los lectores y la crítica. En estas obras, con un estilo personal e inconfundible, plantea retratos heterogéneos, dinámicos y siempre muy estimulantes de las ciudades que ha ido conociendo como corresponsal, fusionando sus propias vivencias personales con la historia del pasado y la crónica del presente, con pinceladas políticas, sociales, artísticas y cotidianas.